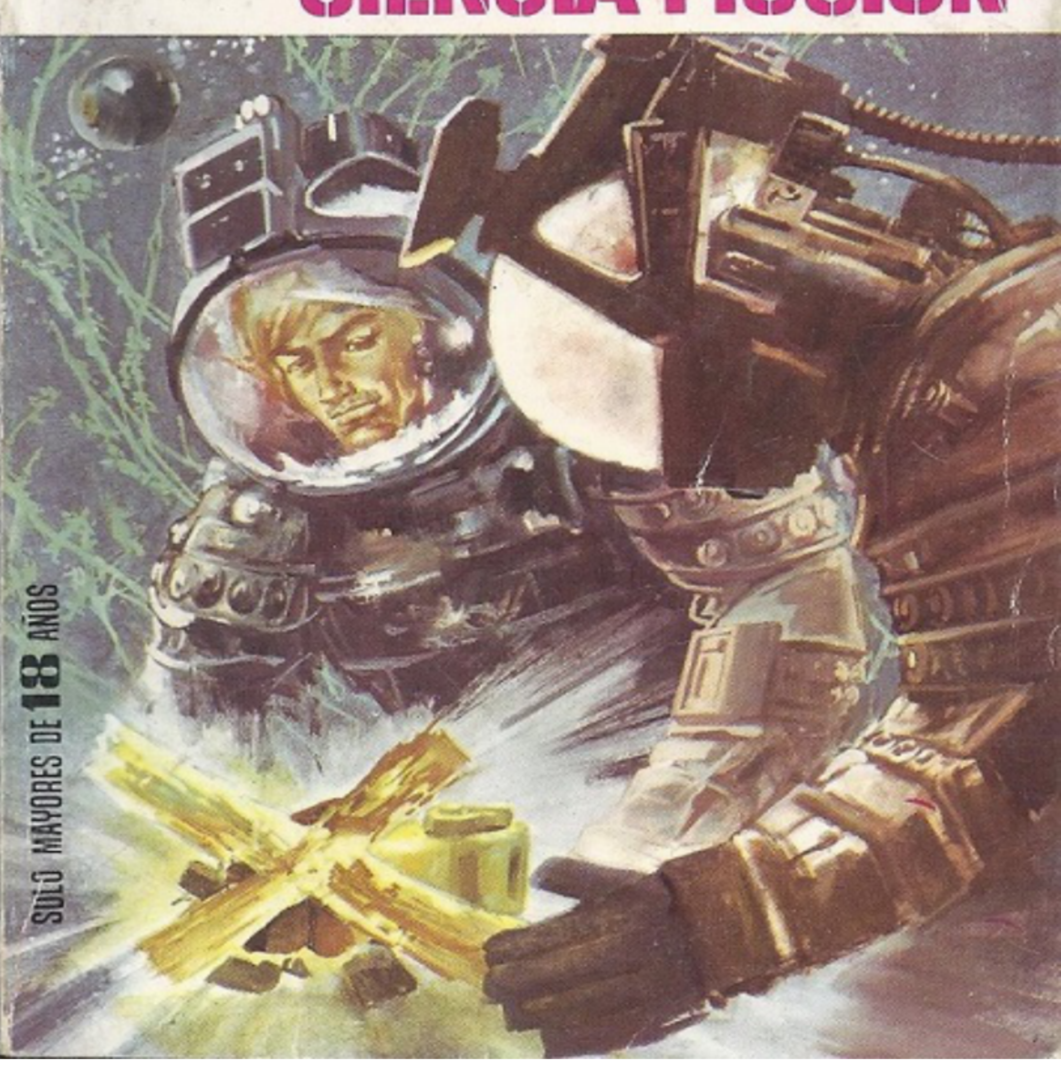
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

ROBO EN EL PLANETA SALVAJE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

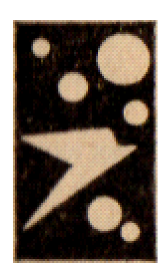
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

500 – Compro momias siderales, *Ralph Barby*.
501 – Las brujas de Atox, *Joseph Berna*.
502 – Larga muerte en vida, *Glenn Parrish*.
503 – El poder estelar, *A. Thorkent*.
504 – Misión 1/1000, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

ROBO EN EL PLANETA SALVAJE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 505
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 4.944 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

—Ya me gustaría tener el dinero que posee la Sideral Minera, S. A. —gruñó Vim, mientras manejaba el panel bioelectrónico y centenares de luces de múltiples colores se encendían y apagaban delante de él.

En el centro, una pantalla y en ella, a color y tres dimensiones, el planeta B.O.3, grande, amarillo verdoso.

—A todos nos gustaría tener ese dinero; pero, ya sabes, el poder de las grandes sociedades anónimas es muy grande, aunque en ocasiones quiebran y desaparecen.

—Ya me gustaría saber quiénes están detrás de esa sociedad anónima —siguió gruñendo Vim.

David Lakerman se había hecho con el mando manual para efectuar la maniobra de aproximación y toma de contacto en el astropuerto de la colonia ubicada en el planeta B.O.3.

Lo más fácil era quedarse en órbita y descender al planeta con una nave pequeña. Tenían que entregar la carga que habían aceptado transportar al serles fletada la cosmonave Space Condor 77.

Aquel tipo de cosmonaves tenían ciertas dificultades de maniobrabilidad, había que ser muy experto en el pilotaje para conducirla, pero a favor tenían su altísima velocidad de impulso que les permitía alcanzar grandes velocidades en el espacio sideral.

—Atención, astropuerto B.O.3, atención, astropuerto B.O.3... Cosmonave Space Condor 77, comandante Lakerman solicita permiso para la toma de contacto.

Desde el control del astropuerto del planeta B.O.3 les concedieron el permiso para aterrizar. David Lakerman inclinó la proa de la cosmonave Space Condor 77 y puso en marcha los retrocohetes de proa, aminorando de esta forma la velocidad y efectuando con sumo cuidado la maniobra de aproximación. La humareda salía hacia adelante y resbalaba por el cuerpo dé la cosmonave al ser rebasada de inmediato.

—Oye, David;..

—¿Qué?

—¿Para qué diablos querrá esa sociedad anónima cien robots de alta fiabilidad y extrahabilidosos.

David se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué me preguntas? Supongo que los querrán para trabajar en una explotación minera.

—Para trabajar en las minas, en el mercado hay robots más baratos.

—Quizá sea una explotación fina. Ahora, cuida de los mandos, nos

hallamos en cuenta atrás.

—Cien robots —refunfuñó Vim, un terrícola fuerte, de cabello muy recortado y aficionado a la halterofilia y a comer bien, Io que siempre le ocasionaba problemas en los viajes largos—. Con lo que vale uno de esos robots, comía yo diez años en el mejor restaurante.

Lakerman vio claridad al astropuerto en su pantalla de control gracias a las potentes telecámaras. Veía también los indicativos luminosos que le marcaba la circunferencia que se le destinaba. Al mismo tiempo, aparecían cifras que Lakerman transmitía al ordenador de su cosmonave para realizar las correcciones precisas. Toda la maniobra se desarrollaba a gran velocidad.

Vim suspiró aliviado cuando la gran cosmonave se posó dentro del círculo marcado en el astropuerto.

—Este cacharro espacial no está hecho para posarse sobre los planetas, sólo vale para viajar grandes distancias.

—Si no supieran que somos capaces de meterlo en un círculo diez veces menor del que nos han destinado, no nos fletarían para transportar mercancías de un planeta a otro —le objetó Lakerman.

—¿Mercancías? Lo dices de una forma como si esta Space Condor 77 fuera un carguero. Sólo transportamos mercancías valiosas con envío de urgencia. Cruzamos el cosmos al doble de la velocidad con que lo hacen las cosmonaves charter.

—No te pongas tan fino. —Miró la pantalla y comentó en voz alta —: Ahí vienen los vehículos todo terreno para llevarse la mercancía que hemos traído.

Vim se levantó de su butaca y miró hacia la pantalla que Lakerman tenía delante. Silbó, admirado.

—Menuda prisa tienen por llevarse los cien robots.

—Sí, los cien robots y sus equipos de recambios. Ponte el traje espacial y no se te vaya a olvidar que este planeta no tiene atmósfera.

—Uf, no me gustan los planetas sin atmósfera, son muy incómodos.

—A mí tampoco, pero el trabajo es el trabajo.

Los vehículos se acercaban ordenadamente a la boca de carga.

—¿No crees que es un poco rara tanta prisa por llevarse los robots?

—Son suyos, ¿no?

—Sí, claro, ellos los han comprado —gruñó Vim.

—Mientras acepten la recepción y nos den el visto bueno, a nosotros nos importa poco. Cobraremos, ingresaremos el dinero en el Interestatal Bank y pasaremos unos días de vacaciones mientras buscamos otra carga que transportar. Creo que la encontraremos, tengo amigos.

—¿Habrá muchas diversiones en este planeta? —preguntó Vim,

escéptico.

David Lakerman programó el computador para que las bombas de absorción de aire succionaran toda la atmósfera artificial que poseía la nave terrícola en sus hangares de carga.

Debería abrir las puertas grandes para descargar todo el material que habían transportado, cien robots de serie especial. La grúa tendría trabajo para un buen rato.

Los vehículos de carga se aproximaron a la boca de la bodega y aguardaron.

Tres hombres vestidos con trajes de supervivencia debido a la falta de atmósfera de aquel planeta, se dirigieron a la escotilla de personal en la que apareció David Lakerman.

—¿Me oye, comandante Lakerman? —preguntó el que parecía el jefe de los receptores de mercancía.

—Sí, perfectamente —respondió el cosmonauta, siempre a través de los telecomunicadores que unían radicalmente los yelmos espaciales con que cubrían sus respectivas cabezas.

—¿Está toda la mercancía en regla?

—Sí, creo que sí, no ha entrado la polilla.

—Déjese de guasa, comandante Lakerman. Quiero la mercancía, tengo prisa. La entrega viene retardada.

—No por lo que a mí respecta.

—Lo sé, lo sé, pero a nosotros nos es necesaria.

—Bien, identifíquese.

—¿Está de broma? —respingó.

—No estoy de broma. No le conozco y aunque haya venido con todos los vehículos para recibir la mercancía, necesito la tarjeta de identificación. ¿Verdad que no se opondrá?

Percy Lugan sacó de un bolsillo de su traje de supervivencia una tarjeta metálica plastificada y se la entregó a David Lakerman.

—¿Está bien así?

David examinó la tarjeta y luego le pidió:

—Un momento, ahora regreso.

Volvió al interior de su nave, introdujo la placa por una ranura y al final, en letras verdes, pudo leer: «POSITIVO, TODO CORRECTO.»

Tomó la tarjeta y salió de nuevo a la rampa que daba acceso al suelo del planeta B.O.3.

—Bien, todo correcto. Vaya preparando sus vehículos que ahora descargaremos su ejército de robots.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Percy Lugan.

—Que le vamos a desembarcar su ejército de trabajadores mecánicos.

—Bien, bien. ¿No ha habido problemas?

—No. Si surge alguna avería, lo dicen.

—De acuerdo —aceptó Percy Lugan, sin desear provocar más problemas.

Vim se encargó de abrir la compuerta de la bodega. Luego, manipuló la grúa semiautomática y fue tomando los robots envasados en duro plástico, envases transparentes que dejaban ver perfectamente su contenido.

Los robots, metidos dentro de los paralelepípedos de duro plástico, no eran muy altos, sí anchos y de aspecto resistente. Poseían cuatro ojos o mejor dicho, dos pares de ojos electrónicos para mejor poder calcular las distancias. Eran de un brillo metálico y oscuro y sólo verlos no inspiraban relajamiento precisamente.

Vim fue colocando diez robots en cada vehículo de transporte y con diez vehículos terminó el trabajo de descarga.

David Lakerman permanecía atento a la operación de descarga. Al fin, se acercó a Percy Lugan y le preguntó:

—¿De verdad han comprado unos robots de tanta calidad para trabajar en las minas de este planeta?

—Estas minas son trabajables en condiciones muy difíciles, por ello no puede contratarse a personal humano terrícola. Si un robot queda destrozado en un derrumbe del subsuelo, no ocurre nada.

—Sí, claro. De todos modos, me parece mucha inversión para una explotación minera.

David Lakerman tendió a Percy Lugan la teletarjeta y éste puso su conforme electrónico. La operación quedaba terminada, sólo faltaba cobrar.

—Eh, David, ¿me oyes?

—Sí, Vim. ¿Sucede algo?

—Sobra uno.

—¿Sobra un qué?

—¿Qué va a ser? Un robot.

—No es posible, Vim, los hemos cargado todos.

—Sí, yo también los he contado con el calculador automático y han salido los cien que teníamos encargados, pero sobra uno.

David miró a los vehículos que se alejaban con la carga y al jefe de aquellos hombres; no le había gustado el tal Percy Lugan pese a que éste se había limitado a recibir y no había habido ningún roce entre ambos.

Entró en la bodega de carga de la nave, sin atmósfera en aquel frío y sin vida donde los terrícolas trataban de extraer materiales preciosos que hiciesen rentable aquella explotación mineral sideral, teniendo en cuenta los elevadísimos costos de viaje y transporte a través del espacio.

Vim le mostró el robot empaquetado dentro del paralelepípedo de duroplástico. Estaba colocado en un ángulo, detrás de una viga del

esqueleto de la nave.

—Es cierto. Por lo visto, en el momento de la entrega, nos dieron uno de más.

—¿Y qué hacemos con él?

—Cuando regresemos a la Tierra, lo devolveremos al proveedor de robots.

—¿Por qué? Ahora es nuestro.

—No, no es nuestro.

—Podemos utilizarlo.

—No es nuestro —repitió David.

—Es un robot de primera clase. Lo podemos programar para la limpieza y tendremos la nave aseada.

—No digas tonterías, Vim.

Vim suspiró, miró al robot con pena y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, David?

—Cerrar la nave.

—¿Llenamos la bodega de atmósfera?

—No, sería un gasto inútil de energía.

—¿De verdad esperas llenar la bodega para la vuelta?

—Sí, eso espero. Hemos cubierto gastos y tenemos ganancias con el trabajo que acabamos de terminar, pero podemos ganar dinero extra si contratamos algo para el regreso.

—Sí, hay que pagar pronto el seguro de accidentes, ¿no?

—Sí. Menos mal que no hemos tenido nada o nos cargarían un tanto por ciento —le dijo sin preocupación alguna—. Vamos, Vim, pondremos la nave a punto y luego iremos a la colonia a pasarlo bien.

—¿Tendrá este planeta bellezas que visitar?

—Seguro que sí, todos los planetas tienen algo bello. Son como las mujeres; feo, feo, no hay ninguno.

—Siniestros sí he visto.

—Bueno, también hay mujeres malignas, aunque no dejan de tener su encanto.

Lo que ambos ignoraban era los problemas que iban a tener a partir de aquel encargo de un centenar de robots de alta especialización, robots de los que les había sobrado uno.

La sociedad anónima receptora de los robots tenía unos planes concretos que sólo sus altos mandos conocían.

El planeta B.O.3 tenía recursos, yacimientos de materiales altamente radiactivos de difícil y costosa extracción. Por ello, no era extraño pensar en obreros-robot; sin embargo, alguien no pensaba lo mismo y ese alguien era Noah Ronshon, presidente del consejo de administración.

CAPITULO II

El vehículo se detuvo cerca del cráter, oscuras grutas se abrían en aquel lugar del planeta B.O.3.

Allí se habían excavado con máquinas en sondeos de prospección y el lugar fue abandonado posteriormente por estimarse bajamente rentable, pero allí se había invertido mucho dinero y se habían abandonado instalaciones completas.

Los tres terrícolas saltaron del vehículo al suelo. Iban armados y bien protegidos por sus trajes de supervivencia. La ausencia de atmósfera en el planeta B.O.3 obligaba a los terrícolas a vivir siempre embutidos en sus trajes salvo que estuvieran en sus respectivas naves o en las colonias ecológicamente perfectas.

Uno de ellos señaló con su arma hacia una de las grutas cuando ocurrió lo imprevisto.

Del interior de la gruta que debía conducir a unas instalaciones abandonadas, brotó un rayo incinerante que alcanzó de lleno a uno de los recién llegados que se convirtió todo él en una llamarada mientras caía abatido.

Los otros dos reaccionaron demasiado tarde. El rayo también les alcanzó y pronto fueron tres los muertos carbonizados.

El rayo hizo un último disparo con más calibre de potencia y dio de lleno en el vehículo que estalló, convirtiéndose en una vivísima bola de fuego en aquel lugar, apenas iluminado por la estrella del sistema.

Del interior de la gruta surgió una figura humana embutida en su traje de supervivencia. Llevaba entre las manos un arma incinerante y a la espalda, un auto-monocohete que entró en ignición. .

El personaje que había evitado ser cercado, capturado y muerto por los recién llegados, se elevó del suelo y convertido todo él en un misil, se alejó volando gracias a la potencia impulsora del auto-monocohete.

Apenas había desaparecido de aquel lugar cuando se produjo una horrísona explosión. No podía transmitirse el sonido por falta de aire, pero sí se propagó a través del suelo.

La gruta semejó transformarse en la entrada de un infierno sideral. Vomitó fuego, rocas e incluso mineral fundido, como un auténtico volcán.

Hubo derrumbes y el área fue como el epicentro de un seísmo destructor, todo debido a la explosión de la carga nuclear provista de un detonador de relojería, iba a ser difícil, muy difícil, averiguar lo que había ocurrido allí.

*

Dio un puñetazo sobre la amplia mesa, su gesto era colérico. Noah Ronshon no era un sujeto fácil de aplacar cuando sufría una contrariedad.

Al otro lado de la mesa se hallaba Percy Lugan, su brazo ejecutor, el hombre que mandaba a los subordinados que no pensaban, que sólo actuaban conforme se les exigía.

—Hay que encontrar al traidor.

—Quizá ha muerto —le observó Percy Lugan.

—¿Quizá? Quiero absoluta seguridad.

—No tendremos ninguna seguridad hasta que el traidor intente actuar de nuevo. Si no lo hace, es que ha muerto al explotar su guarida.

—Hemos de impedir que trate de enviar un nuevo mensaje.

—Lo impediremos. Tenemos sobornados a los dos hombres clave de la supra-telecomunicación en el planeta B.O.3 y si captan algún mensaje extraño, lo distorsionarán de forma que no pueda receptarse en parte alguna de la Galaxia.

—Quisiera estar tan seguro de lo que dices como tú mismo, Percy. Un fallo y nuestros planes pueden irse abajo. Hemos estado a punto de que fueran denunciados nuestros planes a la Confederación Galáctica; tuvimos suerte de poder impedirlo.

—Suerte no —le corrigió Percy Lugan—. Eficacia de nuestros servicios, míster Ronshon.

—Bien, bien, pero ¿y los tres incinerados?

—Debieron de ser cazados como pichones. Eran tres hombres muy expertos en armas y emboscadas.

—Pues el traidor supo cazarles; dejó carbonizados a los tres y al vehículo.

—Por desgracia, no poseemos grabación de videotape de lo ocurrido.

—Bien, esos tres ya no revivirán. Si de verdad hubiese muerto el traidor en la hecatombe del cráter abandonado, sería una suerte para todos, pero quiero seguridad. Lugan, no regatees medios en averiguar lo que puedas. Si alguien es sospechoso, capturadlo, prevenir siempre es mejor que curar. Y con un buen interrogatorio, sabremos si es o no el sujeto que buscamos.

—Pondremos a algunos vigilantes en los clubs, quizá alguien sepa algo. El traidor, si es que vive, debe sentirse solo.

—Bien. ¿Y los robots?

—Han llegado perfectamente.

—¿Ninguna avería?

—Ninguna.

—¿Han sido llevados a los hangares de reprogramación?

—Sí.

—Quiero que ese trabajo se realice en el mínimo de horas, que no se pierda tiempo. Cuanto antes acabemos este, trabajo, tanto mejor.

—La reprogramación fue estudiada cuidadosamente con los robots muestra; ahora sólo hay que colocar repetidores, ya que todos reciben idénticas órdenes de trabajo.

—Bien —asintió de nuevo Noah Ronshon—. Estaba seguro de que ese Lakerman era el cosmonauta ideal para transportarlos a alta velocidad y sin problemas.

—Sí, admito que es un tipo eficiente, pero no me gusta.

—¿No te gusta, por qué?

—Es un individuo suficiente y algo cínico. Tiene algo de peleón, de buscavidas, diría yo. Esos tipos no cesan en sus actitudes provocativas hasta que se les chamuscan los compañones.

Noah Ronshon soltó una carcajada fuerte pero breve.

—Eso está bien, Percy. Tú te das cuenta de que ese Lakerman es de la clase de sujetos que donde quiera que vaya, dominan la situación. Es un depredador nato, seguro que tiene éxito con las hembras y hasta podría quitarte el puesto de que disfrutas si lo pretendiera, si se aclimatara a mis exigencias.

—¿Mi puesto, ese tipo? —replicó, despreciativo—. Total, porque tiene una cosmonave, seguramente comprada a plazos, se cree el dueño de la Galaxia, y sólo es un transportista, un cosmonauta de cargueros.

—Bien, pero admitamos que es un carguero muy útil y experto. Déjalo tranquilo, Percy.

—¿Es una orden?

—Sí, es una orden. Es posible que volvamos a utilizar sus servicios.

—¿No cree que eso puede ser correr un riesgo innecesario?

—No, él sólo es un transportista, tú mismo lo has dicho, y nosotros tenemos que disimular al máximo nuestras intenciones. Ahora, Percy, mantén la máxima vigilancia en todo. No quiero que salga ni una sola información del planeta B.O.3 sin que esté controlada por nosotros. Busca toda la información sobre minas abandonadas y que no quede instalación alguna de telecomunicación, por pequeña que sea, sin destruir, me refiero a las que no puedan ser controladas. ¿Entendido?

—Sí, no quedará ninguna.

—Eso es lo que espero. Sé que hasta el momento has sido eficiente y fiel, Percy, seguro que continuarás siéndolo.

—Ese es mi deseo, míster Ronshon.

—Estamos a punto de hacer el mayor negocio jamás imaginado y todo gracias a unos antiquísimos documentos que pagué a buen precio. —Siguió hablando mientras se ponía en pie—. Pero, si algo falla, estamos perdidos.

—Comprendo, toda la Confederación Galáctica se nos echaría encima.

Noah Ronshon era un hombre alto, extremadamente alto, grueso y macizo. Su cabeza era desproporcionadamente pequeña, comparándola con el resto del cuerpo, una cabeza coronada de cabello rubio duro y áspero, cortado como un cepillo, un pelo tan duro como el de su bigote.

Los ojos pequeños, como cansados bajo los párpados que se entrecerraban, permanecían siempre atentos, vigilantes. No podía decirse que el hueco que dejaban los párpados al abrirse fuera un círculo, tampoco una forma almendrada y sí una especie de triángulo que le restaba humanidad.

Su caminar no era apresurado si no lento. Pisaba fuerte, hacía pensar en los paquidermos terrestres que en su avance todo lo demolían, seguros de que nada iba a detenerles.

Entró en la sala del consejo de administración.

Era la hora prevista, es decir, faltaban algo más de sesenta segundos.

La mesa era media circunferencia y su poltrona se hallaba situada en lo que debiera ser el centro de la circunferencia de estar completa. El dominaba todo el medio círculo que conformaba el borde de la mesa. A su lado, lo mismo a derecha que a izquierda, la línea recta.

Catorce poltronas más estaban colocadas frente a él, pero en el lugar correspondiente a cada asiento y sobre la mesa, había sendas pantallas de T.T.V, en circuito ultracerrado, un circuito en el que nadie podía interferir.

Un reloj de guarismos atómico devoraba los segundos y al llegar a la hora cero se encendieron todas las pantallas al unísono. Pudieron verse los rostros de los accionistas que componían el consejo de administración.

—Señoras, caballeros, se abre la sesión.

—No haré preámbulos —prosiguió Noah Ronshon con ademán de dominar aquel consejo cuyos miembros, aun estando lejos, en los lugares más dispares, podían considerarse presentes—. Todos los planes siguen adelante, no ha habido retraso alguno. Antes de tres mil horas, todos ustedes tendrán el beneficio concertado del quinientos por cien. Sin embargo, los últimos gastos han elevado algo los costos y para evitar problemas pequeños que en un momento dado podrían transformarse en engorros, cada uno de ustedes debería agregar un veinte por ciento al capital ya aportado.

Uno de los personajes que aparecían en los televisores preguntó:

—De ese veinte por ciento, ¿recibiremos también la ganancia del quinientos por cien en el mismo plazo de la entrega del capital inicial?

—Claro. No se trata de negociar a largo plazo, yo les pedí ayuda financiera para la operación que quiero llevar a cabo. Cuando encuentre el yacimiento que busco, los beneficios serán inmediatos.

—No deseamos que nos explique de qué se trata —le objetó una de las mujeres-consejeros con su voz fina.

—En cuanto a eso, ya les advertí que no era un negocio totalmente limpio —replicó Noah Ronshon.

Otro de los consejeros, siempre hablando a través de la pantalla, puntualizó:

—No hay negocios limpios que ofrezcan un quinientos por cien de beneficio en el plazo de tres mil horas krono.

—Cuando realizaron su inversión, sabía que lo entenderían perfectamente. Yo sí corro un riesgo total, yo lo perdería todo. Ustedes, sólo el capital aportado. Además, puedo verme en problemas a causa de las leyes que la Confederación Galáctica impone.

—Por favor —atajó la mujer que pertenecía al consejo—, no nos cuente nada. Lo que ocurra es bajo su responsabilidad. Nosotros, tal como se concertó en un principio, hemos invertido nuestro dinero en una sociedad anónima que se dedica a la extracción de minerales nobles, raros y radiactivos en los planetas conocidos o desconocidos. Si la sociedad anónima tiene problemas, usted, como presidente del consejo de administración, director y gerente, todo en un solo cargo, es quien debe responder.

—Perfectamente, no insistiré más. Todo va bien. Si ustedes han confiado en Noah Ronshon es porque sabían que Noah Ronshon podía darles buenos y rápidos beneficios, lo cual no es fácil que ocurra en otras inversiones. Si alguien de ustedes tiene objeción a la entrega de ese veinte por ciento adicional que les pido, que lo diga ahora, es su momento; no obstante, antes de que se decidan, quiero añadir que ese capital adicional será empleado para seguridad.

Nadie puso objeciones. Noah Ronshon sabía que recibiría el dinero que había pedido por transferencia a nombre de la sociedad anónima que él representaba.

Todos aquellos hombres y mujeres eran importantes en sus respectivos cargos, en sus funciones, en sus poderes; pero siempre ávidos de aumentar sus fortunas, no rechazaban las proposiciones de hombres como Noah Ronshon, proposiciones arriesgadas que producían beneficios altos. Lo que no deseaban saber era cómo se multiplicaban su dinero, de esta forma dormían sus conciencias.

Ronshon quedó satisfecho, todo iba bien según sus planes. Sólo

tenía el tropiezo de lo que él llamaba «el traidor» que trataba de denunciar sus planes, contrarios a la carta de la libertad, la hermandad y la igualdad de la Confederación Galáctica.

—Que se presenten en mi despacho Sea, Anaida y Giana.

Mientras aguardaba a que las requeridas se personaran en su despacho, manipuló en varias teclas y diales del cuadro de mandos que tenía en su mesa.

En la pantalla gigante que poseía su despacho aparecieron las naves-almacén de la sociedad anónima fundada por él.

Los robots recién adquiridos estaban siendo descargados en unas plataformas de trabajo y varios especialistas iban de un lado a otro moviendo carritos metálicos en los que transportaban herramientas de alta especialización con las que iban a intervenir en los robots bioelectrónicos, llegados a través de los espacios interplanetarios.

Se encendió la luz roja de la puerta. Noah Ronshon tocó un botón y en una minipantalla que tenía en la propia mesa apareció lo que había al otro lado de la puerta. Era una medida de seguridad, de esta forma jamás4abría a nadie al que no deseara darle paso.

Tres mujeres jóvenes, altas, rabiosamente hermosas, vestidas con brillantes casacas de puntiagudas y altas hombreras y con los muslos bien visibles, ya que sólo unos ajustados slips del mismo color de las casacas se ajustaban a sus ingles y vientre, quedaron enmarcadas en la pantallita. Usaban botas de caña alta y sus cabelleras eran desbordantes, una rubia muy clara, la otra negra azabache y la tercera tenía el color del cobre pulido.

—Adelante.

La puerta se abrió automáticamente para dejar paso a aquellas tres bellezas terrícolas de probada inteligencia en las que Noah Ronshon confiaba para llevar a cabo sus planes.

Por un instante se preguntó: «¿Será alguna de ellas la traidora?»

CAPITULO III

—Ten cuidado, Vim, pueden desplumarte.

—¿Quieres decir que aquí hay mafia en el juego?

—De la peor calaña. No te metas en líos porque tampoco me fío de la policía ni los jueces de las colonias tan alejadas. El soborno es demasiado apetitoso y cuando no es soborno, es coacción y miedo.

—Bah, a Vim no le estafa nadie.

La colonia era extensa, ubicada toda ella en un amplísimo cráter como la mayoría de las colonias emplazadas en los planetas sin atmósfera, buscando la protección natural de las paredes del propio cráter.

Se trataba de cubrir un techo inicial y luego, ahondar, crear galerías *y* grandes salas y salones. Después, llegaban los técnicos de la decoración y la ecología y convertían el lugar en un paraíso en miniatura para evitar la claustrofobia de los que tuvieran que residir allí por largo tiempo.

No faltaban las plantas ni las diapositivas fijas en tres dimensiones. David Lakerman tenía deseos de nadar y se dirigió a la piscina climatizada. Era un lujo muy costoso, pero jamás faltaba en las colonias bien asentadas, piscinas de doscientos por cien metros y cinco de profundidad para evitar la impresión de pequeñez y poder nadar con fuerza, hasta el agotamiento.

Lakerman tenía necesidad de bracear después de tanto tiempo en el espacio, viajando entre los planetas.

Vim prefirió darse un duchazo, cambiarse de ropa y bajar al casino que se hallaba repleto de cosmogambusinos y mujeres de alterne.

—¡Cinco monedas al tres rojo! —exclamó Vim.

La bolita luminosa saltó por el aire en medio de centelleos iridiscentes, unos centelleos de colores cambiantes que se reflejaban en los rostros ansiosos de los jugadores, hombres y mujeres, pues había de todo.

El *croupier* manejaba con rapidez los mandos de la ruleta supraelectrónica.

— ¡Diez rojo!

Vim torció el gesto. Jugó varias veces más, con idéntica mala suerte.

—Veinte monedas al dos negro —dijo-Vim, colocando el equivalente en fichas codificadas.

Vim volvió a perder, pero su paciencia ya se había colmado y rugió sin contemplaciones.

—¡Trampa!

Vim descargó sus puños sobre el tablero numerado y colorado ante la sorpresa de todos. Su fuerza y contundencia eran tales que el tablero se rajó y, al partirse, quedaron al descubierto unos filamentos que se hallaban dentro del propio tablero plastificado.

—¿Qué ha hecho, usted? —rugió el *croupier,* furioso, sin desear quedar en evidencia pese a que lo que hacía Vim era evidente.

—¡Trampa! Cuando se colocan las fichas, unos bornes sensores captan la cantidad de fichas magnetizadas y el ordenador da ganador al que menos fichas tiene sobre el cuadro. Es trampa, mire los filamentos.

No tardaron en acercarse a Vim dos sujetos tan altos y fornidos como el propio Vim. Le cogieron por los brazos diciendo:

—Los alborotadores, fuera del casino.

—Encima guasa, ¿eh?

Empujó ambos codos al mismo tiempo, cazando a los dos matones del casino que iban correctamente vestidos. Ambos encajaron sus respectivos golpes mientras los demás jugadores se apartaban, procurando hacerse con las fichas que tenían más al alcance de sus manos.

El *croupier* de la mesa se quedó quieto y pálido, como una estatua marmórea.

Vim, furioso; cogió toda la mesa de la ruleta entre sus grandes manos y la volcó espectacularmente.

—¡Esto es una estafa! ¡Que venga el director, le voy a achatar el hocico! —gritó.

Los matones reaccionaron con prontitud tras recuperar el aire. No actuaron solos, a ellos se unieron otros dos.

Vim era la fuerza eólica desatada en mitad de una tormenta de los desiertos terrícolas. Sus puños golpeaban con fuerza, pero también recibía golpes, patadas, puñetazos.

Dos de los matones armaron sus manos con pequeñas porras con las que golpearon a Vim sin que ningún concurrente más al casino se atreviera a ayudarle pese a la evidencia de la estafa.

Al fin, otro de los que habían perdido en el juego, gritó:

— ¡Tiene razón, esto es una estafa! ¡Acabemos con el casino y con los ladrones!

Intentó volcar una mesa; no lo consiguió a la primera, pero se le unieron otros dos hombres y la mesa quedó despedazada en pocos instantes.

Vim seguía golpeando a derecha e izquierda pero á la vez recibiendo por todas hasta que entró en el casino la patrulla de policía.

Quien primero se llevó un chorro de fluido paralizante, lanzado

por las armas de la policía, fue Vim. Mientras, el caos se adueñaba de casino, las luces se apagaban y estallaban los focos, pero los chorros de fluido paralizante empleados por la policía, no tardaron en surtir efecto.

David Lakerman braceó con fuerza hasta hacerse diez veces el largo de la piscina. Cuando salió, se dejó caer sobre una de las hamacas secantes.

Entonces, vio algo con lo que se había tenido que conformar en diapositivas o grabaciones e videotape en sus largos viajes interestelares.

Tres mujeres de exuberante belleza, altas, espigadas, de caderas tan bien formadas que daban deseos de cogerlas entre las manos para acariciarlas y comprobar su tersura, su suavidad de tacto y de líneas.

Los pechos al descubierto podían verse altos, esbeltos, turgentes, de pezones salientes y fuertes de color, especialmente en la fémina de los cabellos azabache. El atrayente contoneo de las tres mujeres no era provocado, sino natural.

David Lakerman se dijo que si había de pasar unos cientos de horas en la colonia terrícola del planeta B.O.3 a la espera de un contrato que le hiciera rentable el regreso con las bodegas de su nave repletas de carga, haría lo posible para conocer más íntimamente aquellas tres bellezas o, por lo menos, a una de ellas.

Las vio subir al trampolín y lanzarse una tras otra con saltos magníficos que evidenciaban su agilidad, la elasticidad de sus cuerpos, de cada uno de sus músculos.

Observó como nadaban cuando, de pronto, una de ellas, la que tenía la cabellera de color cobre metálico, se hundió de forma un poco sospechosa. Dio unos manotazos y David no dudó en lanzarse al agua nadando hacia ella.

Las compañeras de aquella muchacha no se habían percatado del apuro que ésta pasaba, ya que ellas seguían nadando. David llegó junto a la joven cuando ella manoteaba sin fuerzas, con los ojos cerrados.

La tomó por la barbilla y le sacó el rostro fuera del nivel del agua. Luego, nadó con fuerza, con un solo brazo, hacia el costado de la piscina.

Dos curiosos que se habían percatado de la acción de David Lakerman, se le acercaron. El les pidió:

—¡Vamos, ayúdenme a sacarla!

Entre los tres la llevaron al margen de la piscina. David se colocó a horcajadas sobre ella y le practicó el boca a boca mientras le masajeaba el tórax por debajo de los hermosos senos desnudos.

La muchacha reaccionó, tosiendo. David la puso boca abajo, la levantó de cintura y le oprimió el estómago, obligándola a expulsar el

agua tragada.

La joven siguió tosiendo, empleando las manos para sujetarse el abdomen, mientras sus dos compañeras llegaban corriendo.

—¿Qué sucede, Giana? —inquirió la rubia.

—Se estaba ahogando —les dijo David—. Vamos, ayudadme, hay que llevarla a la enfermería para darle oxígeno y un tranquilizante.

—Pero, ¿qué le ha pasado? —preguntó la muchacha morena—. Giana sabe nadar muy bien.

—No lo sé, ha podido sufrir una congestión, una lipotimia, es igual. Vamos rápido a la enfermería.

El médico que atendía la enfermería les pidió que se alejaran. David Lakerman aguardó y las otras dos compañeras estuvieron charlando unos minutos. Al final, una de ellas, la rubia, dijo:

—Como no le ha pasado nada, dile que estamos en la piscina, allá nos encontraremos.

David asintió con la cabeza. No le pareció muy correcta aquella actitud, pero no dijo nada porque desconocía el grado de amistad que había entre ellas, aunque cualquiera hubiese dicho que a no ser por el fuerte y distinto color de los cabellos, las tres eran hermanas.

Cuando se abrió la puerta de la salita de reanimación, apareció Giana. Estaba pálida, pero caminaba por sus propios medios.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió con un movimiento de sus párpados. Después, preguntó:

—¿Eres tú el que me ha salvado del agua?

Antes de que David tuviera tiempo de responder, apareció el doctor diciendo:

—Está recuperada, aunque no le irían mal un par de días de descanso.

Tomó una tarjeta plástica, la introdujo en una ranura que había en una mesa y se escuchó un ruido, como un silbido de sierra. Después, se la entregó a Giana diciéndole:

—Con esto quedas de baja por un par de días, descanso completo.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —preguntó David.

—Me gustaría ir al área de flora silvestre.

—Te acompaño.

Mediante un ascensor, descendieron a la onceava planta de la colonia.

Allí, sus ojos se llenaron de verdor salvaje y sus oídos de ruidos de pájaros exóticos terrícolas y de otros planetas, todos muy bien aclimatados a aquel ecosistema artificial donde un pequeño sol atómico proporcionaba luz y una serie de focos ultravioleta e infrarrojos, regulados por un ordenador para que diesen los ciclos de día y nocturnidad, hacía que las plantas vivieran.

En aquellos momentos, el ecosistema se hallaba al borde de una amanecida, artificial, pero era mucho mejor aquella amanecida artificial que la hostilidad sin aire que ofrecía sobre su superficie el planeta B.O.3.

Unos puntos luminosos fosforescentes, como conjuntos de luciérnagas, delimitaban los senderos.

Fuera de aquel lugar, la colonia no tenía día ni noche. Cada ser humano regulaba sus propios ciclos vitales gracias a sus relojes personales, de esta forma sabían cuándo debían de comer y dormir, lo que no tenía que coincidir necesariamente con el resto de gentes que allí vivían y laboraban.

Caminaron en silencio. A David le pareció que Giana respiraba con profundidad pese a que no veía sus senos desnudos. Ambos iban con bañador, unos bañadores minúsculos que cubrían con justeza los sexos, pero intuía que los pechos que no veía bien por falta de luz, se alzaban y descendían al llenar la joven sus pulmones con fuerza, oxigenándose en aquel ambiente natural.

Llegaron frente al laguito que terminaba contra una de las paredes, aunque no lo parecía, pues el fondo no se veía bien. Por allí había de nacer el sol artificial.

El suelo, a orillas del lago que poseía su propia fauna acuática, era arenoso. Giana se dejó caer de rodillas, se sentó sobre sus talones y permaneció así unos instantes. David preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mejor.

—¿Qué ha sido lo de la piscina? Me ha parecido que sabes nadar muy bien.

—Los que procedemos del planeta Sowr sufrimos de vez en cuando desvanecimientos a causa de inadaptación psicológica. A mí me ha sobrevenido la crisis mientras estaba nadando.

—¿Tú eres una sowrícola? —se sorprendió David.

—Sí —asintió ella, inclinando la cabeza hacia adelante sin mirar, como si estuviera en actitud de autoacusarse.

—Creía que las tres erais terrícolas.

—Yo no.

—Os parecéis tanto que hubiera jurado que las tres lo erais. — Se sentó junto a ella.

—Los sowrícolas soportamos muy mal la deserción de nuestro mundo, porque yo soy una desertora del planeta Sowr.

David respetó unos instantes de silencio y luego comentó:

—He oído que son contadísimos los sowrícolas que han abandonada su planeta para formar colonias o para unirse a las colonias de otros seres de la Galaxia como por ejemplo nosotros los terrícolas.

—Los seres de Sowr rechazamos la civilización de la tecnología hace muchas generaciones. Fue cuando estuvimos a punto de sucumbir en una guerra fratricida con avanzadísima tecnología. Quedaron pocos supervivientes, no hubo vencedores ni vencidos y sí una destrucción casi total del planeta, por lo que se acordó renunciar a las guerras, a los ejércitos, a los egoísmos y a la tecnología que en vez de traernos bienestar nos había abocado a la destrucción a través de un engañoso y perjudicial consumismo que no hacía felices a mis antepasados, si no todo lo contrario. Se renunció a todo, se destruyó cuanto significaba tecnología.

—Volvisteis a la vida primitiva.

—A nosotros no nos gusta la palabra «primitiva» que es un término peyorativo. Nos gusta decir vida natural, sin artificios.

—De esa forma se viven menos años.

—Pero más felices. La propia naturaleza que hemos redescubierto se encarga de mantener el equilibrio, por lo que no consideramos la muerte como una gran desgracia. Es otro concepto de la vida y la muerte y, por supuesto, del modo de vivir. Crear más seres significa tener mayores necesidades de alimentos, de hábitats, de productos en general y los peligros aumentan. Hay que trabajar cada vez más y más para que todos se puedan mantener. Un equilibrio natural no crea tantas necesidades.

—Pese a todo vuestro ecologismo sin artificialidad, abandonaste tu planeta y por lo que yo sé, no has sido la única.

—Es cierto. Unos visitantes de mi planeta me hablaron y me hablaron, yo creí en ellos y subí a su nave voluntariamente.

—¿Terrícolas?

—Sí.

—No está prohibido hacer turismo por los planetas y tampoco intervenir a petición de las comunidades autóctonas para prestarles ayuda agrícola o industrial si lo desean.

—Sí, y según la carta de la Confederación Galáctica tampoco se puede impedir que .ningún ser abandone su planeta si lo desea voluntariamente.

—¿Dejaste a tu familia?

—En parte. Mi madre y una hermana habían muerto a causa de un invierno muy frío. Ahora, deseo regresar.

—¿Al planeta Sowr?

—Claro.

—Pues eres libre de hacerlo.

—Sí, pero no hay ninguna nave que vaya hacia allá y no soy rica para poder contratarla.

—El planeta Sowr está lejos, es un viaje largo y costoso.

—Lo sé; por ello, en todo momento, desde que he deseado

regresar, he tratado de averiguar si alguna nave tiene como objetivo final o de pasada el planeta Sowr.

—Y no ha habido suerte.

—No, no la ha habido. Hacia el planeta Sowr viajan escasísimas naves ya que se respeta su estado natural, casi salvaje, el rechazo a la civilización tecnológica.

—¿Y no hay ningún viaje programado para un futuro próximo?

—No.

David hizo un gesto de preocupación; después, inquirió:

—¿Y qué haces aquí en el planeta B.O.3?

—Estoy empleada en supervisión de ordenadores.

—¿Y tus amigas?

—La morena trabaja en una sociedad anónima minera, prospecciona o algo parecido, y la otra, Anaida...

—¿La rubia?

—Sí, ella es danzarina, pero creo que hace algunas cosas más.

—¿Ellas saben que tú eres sowrícola?

—Sí, lo saben, y en ocasiones han hecho un poco de burla. Ellas ignoran lo que es el placer de ver nacer el día.

David Lakerman miró el pequeño sol artificial que nacía al otro lado del lago, ascendiendo para iluminar aquel ecosistema que tendría unos cientos de áreas, las columnas que sostenían los techos quedaban disimuladas enredando árboles con ellas.

—¿Un amanecer así?

—Es artificial, un poco triste, pero es algo. Cuando me siento deprimida bajo aquí. Ya sé que muchos terrícolas de la colonia no bajan jamás aquí, están hechos a la civilización tecnológica como una pieza más de un cerebro electrónico.

—Sí, nosotros nos hemos adaptado perfectamente a la civilización tecnológica y podría añadir que, desgraciadamente —comentó David en voz baja, como temeroso de turbar aquel momento en que el falso sol se elevaba sobre las aguas del pequeño lago, iluminándolas de color anaranjado y dándole sin duda alguna una gran belleza. Los técnicos que habían montado aquel ecosistema merecían un aplauso.

—Los sowrícolas y los terrícolas somos muy iguales.

—Vosotros supisteis volver atrás a tiempo, vivís en paz sobre un montón de civilizaciones enterradas que los demás debemos respetar. En cambio, nosotros nos hemos lanzado a vivir en mundos artificiales, en planetas donde todo es hostil y siempre que salimos de la colonia hemos de vestir el traje de supervivencia. Nos hemos vuelto más inhumanos, más materialistas. Queremos ser un poco semidioses conquistando planetas y más planetas yermos, buscando más y más minerales valiosos. Insaciables, recorremos el espacio sideral y hemos perdido el sentido de reír, de amar, todo lo que

vosotros los seres de Sowr sabéis conservar.

—A costa de tener un promedio de vida más limitado —objetó ella.

—Pero, lo prefieres, ¿no es cierto?

—Sí, pese a eso. ¿De qué sirve más años encerrada aquí, moviendo máquinas complicadísimas, para disfrutar un poco de naturaleza artificial? No estoy compensada.

Inclinó la cabeza sobre sus rodillas desnudas mientras el cabello cobrizo se desbordaba en torno suyo. David tuvo la impresión de que sollozaba.

Se inclinó ligeramente sobre ella por detrás de su espalda y la cogió por los brazos. Giana se volvió y los rostros quedaron juntos, muy juntos.

La rojez dorada del sol iluminó los ojos de ambos. David no pudo resistir aquellos ojos anegados en lágrimas y besó los labios trémulos, unos labios que no retrocedieron, unos labios que temblaban más al tocar los del terrícola, unos labios que supieron aceptar el contacto.

Fue una caricia sin prisas, confortante y excitante, una caricia móvil, que nada tenía de estática, una caricia que succionaba. Giana notó el tenue golpeteo de llamada sobre sus dientes y separó la doble y blanca hilera para que ambas lenguas se encontraran.

—No, no te compadezcas de mí —le suplicó ella cuando apartaron sus rostros.

—¿Compasión?

—Sí, compasión. Sé que los varones terrícolas sois dados a la compasión con las mujeres.

—¿Compasión? Mira, mira, toca mi cuerpo.

Tomó las manos femeninas y las pasó por su cuerpo. Notó que temblaban, pero no se apartaron.

—Estoy excitado de deseo hacia ti, Giana. Sé que no es correcto que te lo diga, que no está bien que trate de aprovecharme porque te he sacado de la piscina en un momento de apuro, pero lo siento así y tú misma has dicho que prefieres la naturaleza salvaje aunque la vida sea más breve.

Giana tomó entonces las manos del hombre y las colocó sobre sus desnudos pechos diciéndole:

—Yo también estoy excitada de deseo. Tú tienes algo salvaje, David, no pareces un terrícola nacido en la tecnología.

La atrajo de nuevo hacia sí y olvidándose del mundo que les rodeaba, del ecosistema, la besó en la boca de nuevo, ahora con más fuerza, con pasión.

La volcó sobre la arena mientras las aves exóticas emitían sus cantos o sus agudos gritos.

El pequeño sol artificial ascendía por un techo sólido que

pretendía parecer un cielo, pero era un cielo para presos dentro de una colonia minera ubicada en un planeta hostil, un planeta sin atmósfera, un planeta frío que rechazaba la vida animal, la vida humana, la pasión y el deseo.

Mas, la vida pugnaba por imponerse y continuar aferrada, allí y entre los cantos de las aves se oyeron unos gemidos de placer, unos suspiros preñados de amor que nadie osó interrumpir.

CAPITULO IV

El comandante de policía de la colonia en el planeta B.O.3 había puesto en su boca una sonrisa fría y despectiva. David Lakerman, frente a él, no estaba dispuesto a marcharse con las manos vacías.

—Le agradeceré que suelte a Vim.

—Yo sólo soy el comandante de la policía; ahora es un juez quien debe decidir y, por desgracia, las penas en las colonias son bastante más severas que en la propia Tierra, como es lógico.

—Sé que el sumario no ha pasado al juez.

—Sabe usted mucho, Lakerman.

—Lo suficiente. Si pasan el sumario al juez acusando a Vim del estropicio en el casino, yo haré que se arrepienta.

—¿He de tomarlo como una amenaza?

—Tómelo como quiera, pero es sabido que la corruptela de las colonias es un cáncer.

—Podría arrestarle por infundios.

—Hágalo y llevaré este asunto más lejos.

—¿Más lejos? —Se llevó un cigarrillo de mentobacco a los labios y dio una larga chupada. Tuvo tiempo de expulsar él aromático humo y preguntar de nuevo, sin haber obtenido respuesta de David—: ¿Hasta dónde?

—Puedo reclamar la atención en la justicia de la Tierra o en la de la Confederación Galáctica.

—Eso lleva tiempo y su amigo puede haberse pasado ya unas decenas de miles de horas en un campo de trabajo, purgando su culpa.

—Si ocurre tal cosa, alguien por aquí va a sufrir un accidente muy desagradable. Le doy veinticuatro horas para que suelten a Vim y dígale al que controla el casino que no vamos a hacer cargos por estafa con las ruletas trucadas.

Se levantó y sin esperar respuesta, dejando al comandante jefe de la policía pensativo, abandonó el despacho.

No quería pelea, pero si la buscaban, la tendrían. No iba a dejar que enviaran a Vim a un durísimo campo de trabajo por haber descubierto que una ruleta estaba trucada.

Eso, posiblemente, habría hecho perder dinero al propietario del casino, pues los clientes se habrían retirado, recelosos, y se vería obligado a colocar ruletas nuevas asegurando que no estaban trucadas y que podían probarse. Incluso, hasta dejaría que las ganancias fueran exiguas al principio para que los clientes volvieran a animarse después del escándalo protagonizado por Vim.

Se encaminó hacia el gran snack-terraza, unas paredes y bóvedas de cristal permitían ver el exterior. Lejos, bastante lejos, se veían las naves en el astropuerto. Desde allí podían contemplarse las llegadas y las partidas de las cosmonaves interestelares. Aquél era un lugar para encuentros, para entablara contactos. Por allí pasaban los financieros, gambusinos, transportistas, milicianos, aventureros de toda índole, buscando contactos de los que poder sacar algún beneficio.

Su cosmonave era bien visible.

— ¡David!

Se volvió. De un taburete saltó un hombre alto como el propio Lakerman, fuerte, aunque con bolsas azuladas bajo los ojos y múltiples arrugas en el rostro que parecían indicar que había tenido una vida muy licenciosa.

—¡Harry!

Se fundieron en un estrecho abrazo, sonaron las palmadas en las espaldas anchas y fuertes.

—Chico, no has cambiado nada —le dijo Harry.

—Tú tampoco, aunque te veo un poco más gastado.

—Es que me gusta quemar la vida. Anda, sentémonos en aquella mesa. Veremos el astropuerto, aunque no creo que ahora llegue o despegue ninguna nave.

—No sé, no estoy al corriente.

Se acomodaron en las butacas frente a una mesa. Una camarera les atendió. Pidieron un cóctel de meteoritos y la fuerte y gélida bebida les fue servida en seguida.

—Pero, ¿qué haces en el planeta B.O.3, David?

—Pues, he dejado un trabajo y en cualquier momento me marcho.

—¿Vas solo?

—No, con Vim.

—¿Vim? —Sus ojos se alegraron—. No me digas que sigue contigo.

—Bueno, en este momento se encuentra en una de esas frías mazmorras que tiene la policía en los cimientos de la colonia.

—¿Algo grave?

—Un escándalo en el casino.

—No me digas que Vim es el culpable del destrozo —preguntó, a punto de soltar una carcajada, como dispuesto a escuchar la travesura de un niño.

—El culpable no es él si no los que chupan del casino, las ruletas estaban trucadas por lo que he sabido.

—Bueno, eso no es nada nuevo. Ocurre desde que se inventaron las ruletas, hace siglos.

—Sí, pero sigue siendo feo.

—Eso es cierto, a nadie le gusta que le roben. Supongo que lo

soltarán pronto.

—Sí, estoy seguro.

—Bueno, es una chiquillada del bruto de Vim. Podía haber cogido por el pescuezo al director del casino, sin escándalos, y pedirle que le devolviera lo que había perdido.

—Sí, pudo hacerlo así, pero también ha sido un favor a los demás incautos.

—No harán caso, seguirán jugando, esto es un vicio. Por cierto, ¿tienes aquella nave lentorra y gruñidora con la que viajamos al planeta Plutón?

—No, aquella nave se fue al desguace.

—No me digas que te has comprado otra…

—Sí. ¿Ves aquella que está a la derecha en posición horizontal, con unas bandas rojas en popa?

—¿Una Space Condor 77?

—Sí.

Harry silbó de admiración.

—Te deben ir muy bien las cosas, ésa es una buena nave para trabajar en largos viajes, aunque algo dura para la maniobra, ¿no?

—Sí, pero con habilidad se soluciona el problema. ¿Y tu nave, has venido con un transporte?

—No, he llegado como asesor de fletes. —Bajó el tono y se puso pesaroso—. ¿No te lo contaron?

—¿El qué?

—Perdí mi nave, fue un incendio. Tuve tiempo de escapar con cuatro más en una nave «micro», íbamos como enlatados.

—Tu nave era de más personal —le observó David.

—Sí, nueve desaparecieron.

—¿No se pudo hacer nada por ellos?

—Se trató de hacer lo que se puso. Se vistieron los trajes de supervivencia y cogieron autocohetes. Se lanzaron al espacio con la esperanza de ser socorridos cuando la nave incendiada se alejara. —Hizo una breve pausa—. Pero estalló y la bola de fuego los cazó. En la nave «micro» tuvimos nuestros problemas de calor, pero conseguimos escapar. Los demás se convirtieron en cenizas espaciales.

—Lo siento, no había oído hablar de ello, paso tanto tiempo viajando.

—Por cierto —se animó Harry, dejando el tema dramático de la destrucción de su nave y la muerte de sus subordinados—, ¿te conviene un trabajito?

—¿Un trabajito?

—Sí.

—¿De qué clase?

—Un transporte, cosa delicada, y se exige alta velocidad.

—Bueno, si el cargamento cabe en las bodegas de mi nave.

—Sí, supongo que sí. Conozco las bodegas de la Space Condor 77 y sé también el volumen y peso de la materia a transportar.

—¿Es la Tierra el destino?

—No, no es la Tierra. Es un poco lejos, pero el precio del flete es bueno.

—Pero, ¿de qué se trata?

—Maquinaria agrícola superespecializada, para repoblación, pero si te interesa, espera...

Harry se alejó momentáneamente. David le vio acercarse a una mesa en la que había varias personas. Habló al oído de una mujer de cabellos muy rubios y ésta se levantó.

David Lakerman la reconoció de inmediato, era una de las amigas de Giana.

Harry y Anaida se acercaron a la mesa. Harry iba a presentarles cuando ella, sonriente, al tiempo que aposentaba su atractiva anatomía en una de las butacas, dijo:

—Ya nos conocemos, ¿verdad, Lakerman?

—Sí.

—Vaya, no lo sabía —exclamó Harry.

—¿Tú estás dispuesto al flete de tu nave para el transporte de una mercancía? —preguntó Anaida.

--Sí, claro, así es como pago mis cigarrillos —comentó, irónico.

—Es una mercancía delicada.

—Sí, Harry me ha contado algo. ¿Y el destino?

—El destino es un planeta lejano, es mejor no nombrarlo ahora.

—¿Por qué? —preguntó David.

Anaida explicó:

—Hay mucho aventurero suelto y no queremos perjudicar a nadie.

—¿Por qué habría de perjudicar?

—La compañía que se encarga de la repoblación forestal no quiere que haya transgresiones en la carta de la Confederación Galáctica.

—Es lógico —aceptó David—, yo tampoco quiero.

--Bien —prosiguió Anaida'—. Se trata de un planeta alejado de nosotros.

—¿Cuál es su nombre?

—Es un secreto —insistió la rubia Anaida.

—Si no sé cuál es el destino antes de salir, no acepto el trabajo —advirtió David Lakerman.

Harry miró a la hermosa mujer que llamaba la atención por su provocativa belleza y ésta hizo un gesto como de relajamiento. Se notó hasta en sus pechos mientras se encajaba mejor en el respaldo de la butaca.

—Está bien, pero no lo dirás a nadie más, tienes que dar tu palabra.

—De acuerdo, doy mi palabra. No diré nada, tanto si acepto como si no.

Anaida asintió con la cabeza y Harry escribió sobre la mesa con el dedo. Dibujó unas letras invisibles, una voz podía captarse a distancia.

—¿Sowr?

Anaida miró rápidamente en derredor, como temiendo que el nombre se hubiera oído. Harry asintió con la cabeza.

—Es un planeta que ha renunciado a la civilización tecnológica y ha optado por la vida salvaje.

—Sí —asintió Anaida—, pero la compañía que yo representó ha sido contratada de forma secreta porque el planeta tiene un problema de desertización, un problema grave. Si continúa ese ciclo de desertización, todo signo de vida desaparecerá en ese planeta.

—No lo sabía—observó David.

—Un planeta que agoniza es fácil presa para los aventurero buscadores de metales raros y gemas —comentó Harry—. Por lo visto, quieren recuperarlo sin que la cosa trascienda, ya te lo he dicho, maquinaria muy delicada.

—Está bien, es un buen trabajo, pero ¿y el precio?

—Quinientas monedas por hora. Es un buen precio, ¿no? —preguntó Anaida.

—Sí, es un buen precio para un viaje medio, pero los viajes largos precisan más provisión de suministros, de energía, de todo, lo que origina más peso y mayor consumo en los impulsos de despegue.

—Si no quieres aceptar, eres libre de no hacerlo, buscaremos a otro —le dijo Anaida casi con indiferencia, añadiendo—: No eres el único transportista fino para largas distancias.

En la mente de David Lakerman se repitió el nombre del planeta casi con un ritmo de tambor: Sowr, Sowr, Sowr...

— Está bien, acepto.

—Magnífico, yo me incluyo en la carga —dijo Harry.

—¿Trabajas para la compañía? —preguntó David.

—Sólo a comisión, no estoy en el ordenador de empleados fijos. He de viajar con la carga para vigilarla.

—¿Y tú? —preguntó a Anaida.

—Yo también, pero encontraremos a los empleados de la compañía que se han de hacer cargo de la mercancía en el propio destino.

—De acuerdo. La nave posee camarotes para pasaje accesorio, no habrá problema. ¿Cuándo partimos?

Fue Anaida quien respondió:

—Ten la nave lista para partir, puede que la carga sea dentro de diez horas o de cincuenta como máximo.

—Y el contrato, ¿cuándo entra en vigor? Puesto que cubro por horas en este viaje, es bueno saberlo.

—En el momento que sellemos el contrato del flete.

—De acuerdo, pero voy a haceros una puntualización.

—¿Cuál? —preguntó la joven.

—En mi nave, el comandante soy yo y nadie me da órdenes. Cargaremos la mercancía y hasta la entrega seré yo quien dé las órdenes.

—No te preocupes, Anaida. Después de mí —se rió Harry— es el mejor comandante de cosmonaves que hay en la Galaxia.

—Pero como ya estás jubilado, no me haces sombra —le replicó David, también irónico.

El contrato podía darse por cerrado. David Lakerman pensaba en otro asunto que parecía interesarle mucho. Por otra parte, la suma estipulada le parecía bien.

Mientras, Vim gruñía en las «heladeras», que era como llamaban a las celdas de la policía que se hallaban en lo más profundo de la colonia. Allí, Vim atenazaba los barrotes de vez en cuando y llamaba sucios a los propietarios del casino.

El estafado estaba en prisión; en cambio, allí no había encerrado ningún responsable, ni siquiera empleado del casino.

CAPITULO V

El lugar de cita con Giana fue en el jardín ecológico. La encontró sentada en un banco de troncos muy silvestre, un banco que nada tenía que ver con la sofisticación del mobiliario que poseía el resto de la colonia.

—Hola, David, ¿vienes a decirme que te vas? —le preguntó con un tono que parecías esconder congoja.

—En el plazo de unas horas abandonaré este planeta hostil en el que lo más hermoso eres tú.

—No te burles.

—No miento, te digo la verdad que siento.

—¿Regresarás pronto? —se sonrió a sí misma, con tristeza—. Qué pregunta... Las distancias entre los planetas son tan grandes que es posible que ya jamás vuelvas a pasar por aquí. Hay tanto que visitar, tantos lugares adonde ir...

—¿Quieres venirte conmigo?

—¿Contigo, en tu cosmonave?

—Sí.

—¿Adónde?

—¿Te importa, mientras sea viajando conmigo?

—Me da miedo pasar excesivo tiempo dentro de una cosmonave. Ya sabes que mi sueño es regresar a Sowr de donde no debí salir jamás. La vida de la civilización tecnológica no me ha hecho más feliz. Prefiero la vida salvaje, poca ropa, libertad para todo, lejos de los objetivos electrónicos que te vigilan. Oír el rumor de la brisa entre el follaje de los árboles. Y no pudiendo ir al planeta que me dio la vida, me quedo en colonias como ésta que, por Io menos, tienen una imitación de la naturaleza salvaje que evita que enloquezca.

—Sí, todo es artificial, pero da sensación de realidad. Si vienes conmigo, Giana, te llevaré a un lugar más hermoso que éste, aunque sí es cierto que el viaje puede resultar largo y monótono. Por cierto, en ese viaje vendrá también una amiga tuya. En los momentos de aburrimiento podrás charlar con ella.

—¿Una amiga mía?

—Anaida lo es, ¿no?

—Sí, claro.

—Ella vendrá representando a una compañía que ha contratado mis servicios.

—No lo sabía.

—Ella ignora que tú puedes acompañarla. ¿Qué te parece?

Giana vaciló. Miró el follaje que la rodeaba, el lago y el pequeño

sol artificial que estaba en lo alto. Luego, miró a David y preguntó:

—¿De verdad que me llevarás a un planeta hermoso?

—Un planeta donde no te verás obligada a llevar el traje de supervivencia.

—Está bien, David. No me importa ya ir a otra parte mientras sea un planeta con atmósfera. No soporto los planetas sin ella y tener que vivir encerrada en colonias artificiales, porque si sales de ellas has de vestir los trajes de supervivencia.

—Entonces, despídete de tu empleo y vente a mi nave. Cuando carguen la mercancía en las bodegas, despegaremos.

—¿No puedes decirme de qué planeta se trata?

—De uno muy lejano —respondió David, evasivo—. Su nombre no te diría nada.

—Me iré contigo. Mi paciencia aquí ya ha quedado colmada.

— ¡David, David!

Se volvieron; el vozarrón que interpelaba al cosmonauta llegó claramente hasta ellos.

—¡Vim!

—Ah, David. Ya me habían dicho que te encontraría aquí abajo y bien acompañado y a fe mía que no has perdido el tiempo como yo, metido en la «heladera».

—Se han decidido a soltarte, ¿eh?

—Parece que sí, gruñendo, pero me han soltado. ¿Has mediado tú en ello?

—¿A ti qué te parece?

—Que sí.

—Les he dicho que si no te soltaban te comerías las rejas y les saldría demasiado caro poner otras nuevas.

—Condenado David... Oye, ¿por qué no me presentas a esta Venus?

—Giana, éste es Vim, el segundo de a bordo de la cosmonave.

—Soy el segundo porque no hay nadie más. Bueno, un robot, pero está metido en su celda.

—¿Un robot encerrado? —preguntó Giana.

—Bah, no tiene importancia, es un robot fuera de servicio.

—Tú sí has tenido suerte, David, menuda chica has encontrado. En cambio yo, metido en la «heladera»...

—Te dije que no fueras al casino, allí siempre se pierde, a la corta o a la larga sales con los bolsillos vacíos. Ahora, me parece que no te va a quedar tiempo para buscarte una amiguita.

—¿Es que vamos a partir de inmediato?

—No sé exactamente cuándo, pero hemos de estar listos para cargar las bodegas.

—¿Regresamos a la Tierra?

—No, vamos a otra parte, con carga delicada.

—¿Cuál es el planeta al que vamos?

—Ya lo sabrás, es un asunto que da dinero.

—Sí, da dinero aunque sea al confín de la Galaxia. David, cuenta conmigo.

—Lo sabía, y no te metas en más líos. Por lo visto, la policía no es muy de fiar aquí.

*

Percy Lugan parecía satisfecho. Sea, la bellísima morena, iba junto a él, moviendo sus bien redondeadas caderas.

Noah Ronshon les aguardaba. Nada más verles en el lujoso camarote de su veloz nave interestelar, les preguntó:

—¿Cómo está todo?

—Perfecto —respondió Percy Lugan.

—¿Y la carga?

Percy Lugan miró su reloj y dijo:

—Habrán comenzado a cargar ahora. La Space Condor 77 partirá dentro de cuatro horas, la cuenta atrás ya ha comenzado.

—Nosotros nos adelantaremos para llegar antes.

—La nave nodriza está lista para el despegue —indicó Sea.

Noah Ronshon le dijo a la joven:

—Tú te harás cargo de la nave nodriza. Quiero que las cosmonaves de combate estén dispuestas por si surge algún tropiezo.

—Los cosmonautas mercenarios están listos para el combate —puntualizó Sea—, para eso se les paga bien.

—Magnífico, no quiero tropiezos. Hemos de ocupar el objetivo «cero» del planeta Sowr con discreción, que en absoluto pueda notarse que se trata de una invasión. Hay que descender en el objetivo durante la noche y con las luces apagadas para que no se nos detecte.

—No creo que haya problema alguno —opinó Percy Lugan—. Los sowrícolas no poseen tecnología de ninguna clase, renunciaron a ella hace generaciones. Su única forma de detección es la vista.

—Que tienen más agudizada que nosotros —le recordó el propio Noah Ronshon.

—Cuando llegue Lakerman con su Space Condor 77 y el cargamento de robots en su bodega, le estaremos esperando y le indicaremos el mejor lugar para la toma de contacto con el objetivo. Habremos montado una vigilancia en quinientas millas a la redonda —explicó Percy Lugan.

—Sí, y no quiero a esos salvajes sowrícolas cerca del objetivo.

—¿Y si aparecen?

A la pregunta de Sea, Noah Ronshon respondió sin vacilaciones.

—Habrá que eliminarlos. Al mismo tiempo, hay que controlar el centro emisor de emergencia que poseen para establecer contacto con la Confederación Galáctica. Es su única manera de ponerse en contacto con el exterior. Si hay problemas, ocuparemos ese centro emisor.

—¿Y después, cuando nos hayamos marchado? —preguntó Sea.

—Llevo conmigo el virus polivalente más destructivo que jamás se haya creado en un laboratorio. Ese virus se comerá todo lo que tenga vida y cuando no quede nada, se devorará a sí mismo hasta su total desaparición. En un plazo no superior a las mil horas, el planeta Sowr no será más que un planeta yermo, sin vida vegetal ni animal. Nadie sabrá nunca lo qué ha ocurrido y la civilización de los ecologistas-naturistas de Sowr habrá desaparecido. —Se rió con sarcasmo—. Después de todo, ¿qué puede esperar una civilización que no sabe ni armarse para un caso de ataque? Sólo la destrucción.

—¿Y si lo desertizásemos todo antes? —propuso Percy Lugan.

—Creo que los efectos destructivos pueden durar más de diez mil horas, correríamos el riesgo de ser destruidos nosotros también. No puede ser. Haremos nuestro trabajo primero y luego vendrá la aniquilación de la vida en el planeta, de forma tan silenciosa que cuando lleguen otras naves de exploración de la propia Confederación Galáctica, no hallarán explicación a lo ocurrido. Nadie sabrá jamás por qué la civilización de los sowr ha desaparecido con todo su medio ambiente.

—Todo saldrá como usted lo ha planeado, señor Ronshon —le dijo Sea, convencida.

-—Tiene que ser así. He invertido demasiado dinero que no es mío y no puede fallar. Es la fortuna para todos nosotros, no habrá riqueza que nos iguale en toda la Galaxia, me refiero a riqueza privada, por supuesto.

—Yo pienso vivir en el planeta Tierra con mi parte del botín —dijo Sea.

—Es un magnífico lugar desde que hace cinco siglos se decidió recuperar su flora, su fauna y purificar el aire y las aguas de mares, lagos y ríos. Es nuestro paraíso al que no faltan las comodidades de la tecnología moderna.

—Fue una gran suerte que se decidiera crear los polígonos industriales contaminantes en otros planetas .muertos en los que se podía obtener agua de las grandes masas de hielo allí existentes.

—Sí, y el planeta Tierra es ahora el mejor de los paraísos de la galaxia para quien tiene dinero para disfrutarlo, claro, porque también se ha convertido en el más caro de iodos los planetas conocidos y por cientos de millares, los terrícolas tienen que emigrar

a otros planetas en busca de trabajo y fortuna para poder regresar un día a la Tierra para descansar y morir.

—Yo no quiero llegar de vieja, con los ahorros de toda una vida de trabajo —objetó Sea.

—Ni tú ni nosotros —le dijo Percy Lugan.

—Viviremos espléndidamente; incluso, es posible que llegue a construir el mayor y más lujoso complejo de ocio para ricos que haya conocido la historia. —Noah Ronshon suspiró—. Pero, todo esto es aún futuro, no nos dejemos llevar por el optimismo que puede hacernos descuidar algún detalle y no quiero ni un solo cabo suelto.

—La nave nodriza está lista para partir —indicó Sea.

—Te seguiré con mi cosmonave de recreo —dijo Noah Ronshon—. No deben relacionar las dos partidas, no quiero sospechas. Cuando el planeta Sowr esté yermo y seco como un desierto, nadie tiene que relacionar lo sucedido con nosotros. A ser posible, nada de grandes explosiones que dejen huellas, ha de ser un trabajo silencioso. Cuando el comité de vigilancia de la Confederación Galáctica se entere de lo ocurrido, debe haber pasado el tiempo suficiente como para que no quede huella de nada y si alguno de mis hombres comete un error, se lo haré pagar con la vida.

Percy Lugan estaba seguro de que Noah Ronshon no vacilaría en cumplir sus amenazas. Por encima de la vida de cualquier hombre estaba su ambición, su codicia, ya nada detendría su plan.

El planeta Sowr, ignorante de lo que le esperaba, proseguía su vida natural, silvestre, al margen de toda tecnología, y no era porque hubieran renunciado a pensar, todo lo contrario. Las humanidades estaban muy avanzadas entre los seres de Sowr y con las humanidades, el respecto al prójimo y el rechazo de los absurdos egoísmos. Allí, la Tierra era de todos y resultaba ridículo pensar en robar porque no había nada que robar.

A Sea se le ocurrió preguntar:

—¿Y qué sucederá con Lakerman?

—¿Lakerman? —repitió Noah Ronshon.

—Sí, él no sabe nada, actúa bajo engaño.

—Lakerman será suprimido, no me fío de él. Según el plan, será eliminado en el momento oportuno, lo mismo que su compañero. Hay que mantenerlo entretenido y engañado como hasta ahora. Luego, utilizaremos también su nave, pero él ya no será un obstáculo. Harry le acompaña para irse acomodando a la Space Condor 77 y cuando Lakerman sea eliminado, Harry se hará cargo de ella. Es una magnífica nave pará cargas delicadas y con alta velocidad de crucero, nos resulta indispensable.

—¿Y si Lakerman descubre nuestros propósitos? —preguntó ahora Percy Lugan.

—Cuanto antes los descubra, antes será eliminado —fue la respuesta de Noah Ronshon.

Más que decisión, era una sentencia y en las circunstancias que se hallaban y con los-mercenarios que tenía a su disposición, Noah Ronshon parecía tener el poder de vida y muerte sobre los demás.

Para él, David Lakerman, pese a ser utilizado con su nave, era un hombre condenado a morir.

CAPITULO VI

Fueron unos vehículos totalmente distintos a los que se habían llevado los robots los que trasladaron al astropuerto unas cajas grandes y pesadas, eran veinte cajas debidamente cerradas.

Anaida y Harry cuidaron de la entrega de la mercancía, protegida en cajas de aluminio y plástico, herméticamente cerradas y con precintos que daban a entender que se trataba de maquinaria de investigación agrónoma.

El peso era considerable y Vim hizo trabajar las grúas de carga. Distribuyó las cajas dentro de la bodega, sujetándolas a los anclajes para que en ninguna de las posibles maniobras que realizara la nave se desplazase la carga, reventando el fuselaje.

—¿Todo bien, Vim?

—Sí, David, todo bien —respondió a través del intercomunicador.

—Cierra las compuertas de la bodega, despegaremos en seguida.

—¿Sabes una cosa, David?

—¿Qué?

—Resulta curioso, pero el peso de la carga es más o menos el de los robots que desembarcamos aquí.

—Será una casualidad. Las cajas son distintas y el material que contienen, también.

—Te lo digo por el peso que ha ido marcando y sumando la grúa. Yo diría que hasta el volumen, una vez distribuido, es el mismo.

—Te habrá sido más fácil la distribución, ¿no?

—Sí, eso sí.

—Entonces, cierra las bodegas. No pondremos atmósfera artificial en ellas salvo que sea necesario. Como el viaje será largo, reservaremos el máximo de aire respirable para nosotros.

—Lo que tú digas, David. Subo de inmediato.

Vim accionó los mandos para que la gran entrada de la bodega de carga de la cosmonave Space Condor 77 se cerrara y lo hizo herméticamente. Después, subió por una escalera y se enfrentó con una puerta de doble resistencia y seguridad. La cruzó y cerró, quedando dentro de una pequeña cámara. Oprimió un botón y la presurizó.

El aire fue ocupando la pequeña cámara intermedia y cuando alcanzó la presión de setecientos sesenta milímetros, pulsó otro botón y se abrió la compuerta que daba acceso a la zona de la nave considerada para viajeros. Allí le esperaba Harry, sonriente.

Vim se preocupó de cuanto estaba a su cargo mientras el reloj de la cosmonave, que estaba unido al computador central, daba ya la

cuenta atrás.

David Lakerman comenzó el calentamiento progresivo de los motores para no producir un exceso de calor en un mínimo de tiempo, lo que siempre podía ocasionar algún disgusto en las uniones metálicas de las toberas de escape de gases.

Anaida y Harry subieron a bordo. Un empleado del astropuerto llevó su equipaje en el que iban incluidos los trajes de supervivencia.

Harry y Anaida quedaron sorprendidos al ver a bordo a Giana que se hallaba en la cabina de pilotaje, junto al cosmonauta David Lakerman.

—Giana, ¿qué haces aquí? —inquirió Anaida, extrañada.

—Pues, ya ves, de viaje.

—¿De viaje? —Anaida miró a David con gesto interrogante—. ¿Qué significa esto?

—Sencillo, es una invitada mía.

—No es lo que acordamos —puntualizó Anaida.

—Es verdad, no se habló de nadie más —dijo Harry.

—Despacito… Quedó claro que el comandante de la nave soy yo, puesto que la nave, aunque la pague a plazos, es mía. Vosotros, en nombre de la compañía que representáis, habéis contratado la carga, nada más. Yo no he dejado carga fuera de la nave y tampoco el tiempo de viaje se va a prolongar más de lo debido, de modo que en mi nave viaja quien a mí me parece.

—Si soy una molestia… —dijo Giana, preocupada.

—No, no eres ninguna molestia —le atajó David.

Anaida y Harry esbozaron un gesto de disgusto, más no replicaron. Se limitaron a mirar el reloj que con décimas de segundo incluidas hacía la cuenta atrás. En breves minutos, la nave despegaría del planeta B.O.3, no había ya tiempo para nada.

Los motores alcanzaban cada vez más poder y podía percibirse en toda la nave una ligera vibración. Era como si, de pronto, hubiera adquirido vida propia.

—Será mejor que os coloquéis en las literas. El despegue con esta nave es un poco duro y más debido al impulso que ha de tomar para conseguir una alta velocidad de crucero.

—Está bien, pero esta mujer viaja bajo tu responsabilidad —concretó Harry.

—Naturalmente. Vamos a las literas y sujetaos bien los atalajes de seguridad. Tú también, Giana.

Giana se volvió hacia su amiga Anaida y en tono de disculpa, dijo:

—No sabía que te molestaría tanto que yo viajara en esta cosmonave.

—No es que me moleste, ya sabes que somos amigas, sólo que me ha sorprendido. Este es el lugar donde menos esperaba encontrarte.

—Pues, ya ves, la vida es así.

—¿Te has aparejado con el terrícola? Porque tú no eres terrícola...

—Si lo que quieres preguntar es si él sabe que soy una sowrícola, ya se lo he contado.

—Bien, bien, es asunto vuestro. La verdad es que parece un tipo interesante, es la clase de hombre que gustan a las mujeres. Varonil, alto, fuerte, joven sin serlo demasiado, aventurero, decidido y hasta autoritario, aunque eso me reviente.

—¿Te gusta?

—¿Por qué no? Harry también me gusta, pero está más gastado que tú, David.

—No es mi David —le rectificó mientras caminaban en busca de sus respectivas literas.

Vim apareció con su traje de supervivencia. Al ver a Harry, se acercó a él y lo abrazó efusivamente.

—Cuidado, que vas a desmontarme —le advirtió Harry que conocía la fuerza de Vim.

—Bien venido a bordo de la Space Condor 77. Verás cómo surcamos el espacio interestelar como si viajáramos por un vial turístico del planeta Tierra. Esta cosmonave no es como los viejos cacharros que pilotábamos hace algún tiempo.

—Sí, ya lo sé, y tú no cambias nada, tan bruto como siempre.

—Siempre hace falta un poco de fuerza para una tuerca que se atasca y para eso está Vim. —Se rió y luego añadió—: Yo no me quito el traje de supervivencia por si acaso. Oye, la rubia que te has traído no está nada mal.

—No es mi rubia, pero será mejor que no la toques. Lo que pasa por ti, ya me entiendes, queda inservible para los demás.

Vim soltó una carcajada ruidosa dentro de su casco espacial.

—Tan guasón como siempre, Harry.

— ¡Atención, atención! —llamó David Lakerman por los altavoces distribuidos por toda la nave. Su voz se pudo escuchar con una nitidez perfecta—. Treinta segundos para el despegue, sujetaos. Tenemos permiso del centro de control del astropuerto.

Comenzó a salir una espesa humareda blanca. Los segundos fueron devorados, como engullidos por la máquina electroatómica.

La nave se impulsó hacia adelante, ascendió por la pendiente que conducía a lo alto del gigantesco cráter del planeta B.O.3 y se elevó hacia las estrellas. No tenía que vencer ninguna resistencia atmosférica, puesto que el B.O.3 carecía de aire.

El planeta no tardó en convertirse en una bola luminosa que se tornaba más y más pequeña a los ojos de los viajeros. Su objetivo era Sowr, un planeta que había estado a punto de sucumbir.

Había conseguido recuperar su equilibrio, su naturaleza salvaje, y

ahora se cernía sobre él la amenaza de la total destrucción.

Las bodegas de la Space Condor 77 iban cargadas de robots biónicos, malignamente programados para que llevasen a cabo los planes de Noah Ronshon.

CAPITULO VII

La convivencia en la nave no tuvo problemas. David programó largos espacios de sueño para aminorar el tiempo de ansiedad en las largas horas de viaje.

Se dio cuenta de que Harry y Anaida se entendían bien, aunque la rubia Anaida no dejó de insinuarse a David provocativamente, como si pretendiera molestar a Giana que, evidentemente, deseaba la compañía del cosmonauta comandante de la nave.

—¿Te gusta Giana?

La pregunta fue directa, sin ambages. David Lakerman respondió con sencillez a la bella y sofisticada Anaida que gustaba de llevar su larga y rubia cabellera suelta.

No era difícil ver su camisa-casaca desabrochada por el centro, sólo sujeta en la cintura por el amplio cinturón y según las posturas que adoptaba, dejaba ver claramente sus hermosos pechos mientras se insinuaba con los ojos, con mohines de sus labios húmedos.

—Sí, me gusta Giana.

—¿Sólo Giana o todas las mujeres?

—Me gustan todas las mujeres.

—¿Giana más que las demás?

—¿Es obligado responder a esa pregunta?

Anaida se sentó en el borde de la mesa y a la vista de David ponía toda la tersura, suavidad y anchura de sus muslos, unos muslos que ella debía cuidar como el resto de la piel de su cuerpo, una piel que parecía clamar a gritos que una mano masculina se deslizara por ella para conseguir y dar a su vez placer a la mujer.

—Muchos hombres han requerido mis favores.

—¿Y los otorgas con facilidad?

—No, claro que no, a mí me gusta mucho la selección.

—¿Harry es un seleccionado?

—A medias.

—Si lo oye, puede molestarse.

—No, él pide, pero... lo dejo para cuando no haya nada mejor.

—¿Y qué es para ti lo mejor?

—Tú, por ejemplo.

—Gracias. ¿Lo dices porque te caigo bien o porque crees que tengo cara de semental?

—Caray, me imagino que las piedras también.

—No te muerdes la lengua.

—Me gusta hablar claro cuando me interesa. Por supuesto, no hablo siempre así a todos los hombres.

—De modo que puedo considerarme afortunado.

—Por lo que a mí respecta, sí.

—Pues lo siento por ti, porque ahora ya tengo otra figura de mujer en quien fijarme.

—Bueno, no me molesta, puedes jugar lo que quieras con ella. Después de todo, sólo es una sowrícola.

—¿Y qué quieres decir con que sólo es una sowrícola?

La bella y sofisticada rubia dijo, casi peyorativa:

—Son una raza primitiva, sin tecnología, salvajes. Si alguna civilización de otro planeta quisiera convertirlos en esclavos, lo conseguiría en menos de cien horas.

—La carta de la Confederación Galáctica prohíbe la esclavitud entre los seres inteligentes.

—¿Crees que unos seres que se mantienen en el salvajismo, rechazando la civilización, son inteligentes?

—Sí, más que nosotros.

—Tonterías. Si no fuera porque el comité de salvación de la Confederación Galáctica ha decidido ayudarles con este trabajo de agronomía al que se va a dedicar la compañía para la cual trabajo, sucumbirían. ¿Y qué hacen ellos para evitarlo? Nada. ¿Llamas inteligencia a eso?

—¿Saben ellos que su planeta se va a desertizar?

—¿Cómo van a saberlo, si no tienen ni un mal laboratorio de observación orbitando su planeta? Son primitivos y para conservar su planeta hay que poseer buenos laboratorios espaciales de observación y control para evitar plagas, sequías, etcétera. El mismísimo planeta Tierra hubiera sucumbido de no habernos dado cuenta de que moría a causa de la contaminación.

—Y hemos hecho de la Tierra un mundo artificial.

—Pero, está salvado, no hay contaminación y es agradable vivir en él.

—A los sowrícolas les gusta vivir en plena naturaleza, libres de ataduras y especulaciones. Hay que respetar ese deseo.

—Los defiendes con tanta vehemencia que pareces uno de ellos.

—No soy un sowrícola, pero, después de tanto viajar entre las estrellas, siento una nostalgia atávica. Me gusta la naturaleza salvaje. Si el tiempo me lo permite, cuando llegue al planeta Sowr, me despojaré de todo lo que signifique civilización y correré por sus selvas, por sus lagos, por sus mares.

—Lo dices porque sólo será un breve plazo de tiempo y luego te marcharás.

—No lo sé, es posible.

—Sí, sí es posible y mientras, te acostarás con todas las mujeres de Sowr que puedas. Dicen que son muy libres, que no son fieles a un

solo hombre. Allí, todo es de todos.

—No creo que sea tal como cuentan.

—¿Lo dices por Giana?

—Sí.

—¿Te ha prometido fidelidad eterna?

—No me ha prometido nada —le replicó ante la suficiencia de Anaida.

—Pero, tú te has acostado ya con ella, ¿verdad?

—Oyéndote, cualquiera pensaría que estás celosa de Giana.

—¿Y por qué no? Soy una terrícola y considero que un macho, un ejemplar de primera clase como tú, me pertenece más a mí que a una alienígena como Giana.

—Quítate de la cabeza que yo pertenezca a ti o a alguien más.

—Si me quisieras, te darías cuenta de que estoy muy lejos de ser fría. Soy todo fuego.

—¿Lo dices por experiencia?

—No pensarás que soy doncella, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Te habrás dado cuenta de que Giana tampoco lo era.

—¿Pretendes liarme?

—La amas, seguro que la amas —dijo, burlona—. Tu actitud es que la amas. Qué absurdo. Cuando llegue a Sowr, se quedará con los suyos y tú te marcharás. Tú no eres uno de ellos.

—¿Sowr? —preguntó Giana que acababa de entrar en la cabina y pudo ver la actitud más provocativa, casi de entrega, de Anaida.

Giana había oído las últimas palabras pronunciadas por David y Anaida, y también había visto a su amiga con los muslos desnudos y los pechos sin ocultar. Sin embargo, David Lakerman no parecía dejarse seducir por los encantos tan próximos como visibles de Anaida que no daba ninguna importancia a sus posturas provocativas, pues pese a la presencia de Giana no se cubrió lo más mínimo ni cambió de posición.

—Sí, Giana, ahora ya puedes saberlo —le dijo David—. Nuestro objetivo es el planeta Sowr.

—¡No, no puede ser cierto! —exclamó, trémula de alegría.

—Lo es. Te dije que te llevaría a un planeta maravilloso y hacia él vamos.

—¡Gracias, David, gracias! Pero ¿por qué no me lo dijiste antes?

Anaida puntualizó:

—Guardaba secreto, estaba obligada a ello.

—Tú me dijiste que tu mayor deseo era regresar a Sowr y al proponerme llevar una carga a Sowr, no dudé en pedirte que vinieras conmigo.

—¿Por qué? —preguntó Giana.

Quien respondió a continuación fue su apuesta amiga, la rubia y provocativa Anaida que seguía mostrando sin pudor sus senos y sus piernas hasta el ajustadísimo slip del mismo color que la casaca.

—Porque la compañía que yo represento así lo exigía. En realidad, tú no debías venir en este viaje al planeta Sowr.

—¿Por qué no?

—Simplemente porque es un trayecto secreto, pero este terrícola ha sido muy blando con tus lágrimas. Ya ves cómo son los terrícolas.

—David es un hombre con muchos valores —objetó Giana.

—Cuando hablas de muchos valores, ¿te refieres también a los sexuales?

—¡Anaida! —exclamó la propia Giana.

—Supongo que lo sabrás por experiencia, es una suerte que yo no he tenido... —hizo una pausa tan larga como significativa— hasta ahora. Las terrícolas podemos ser pareja de un solo hombre para toda la vida; en cambio, las hijas de Sowr...

—Las hijas de Sowr, también —replicó ahora Giana con firmeza, enfadada.

David Lakerman se sentía molesto en medio de aquella situación. Las dos mujeres no eludían hablar claro, para ellas no parecía tener mucha importancia lo que él pudiera pensar. Era el macho que ambas se disputaban, eso era todo.

—¡Basta! —exigió David.

—¿Por qué basta? —preguntó Anaida—. Es mejor que Giana sepa cómo están las cosas a bordo de esta nave.

—A bordo de esta nave, el comandante soy yo.

—Está bien, eres el comandante —le replicó Anaida—, pero eso no te da atribuciones para hacernos callar. Os dejo, ya tendréis tiempo de cansaros el uno del otro.

Con un gesto arrogante, de excesiva y fatua dignidad, Anaida abandonó la cabina. Ya a solas, Giana preguntó;

—¿Qué le ocurre a Anaida?

—Está celosa.

—¿Por qué?

—¿No te has dado cuenta todavía, después de lo que os habéis dicho? Ella cree que. estamos aparejados.

—Es lógico que lo piense, pero no es así por tu parte. Yo te dije que mi gran deseo era regresar a Sowr y tú has recogido mi súplica en la primera ocasión que se te ha presentado, por lo que no terminaré nunca de darte las gracias. Cada vez que me encuentro en apuros, tú apareces para salvarme.

—No tiene importancia. Estar en el lugar adecuado cuando ocurre un suceso en el que se puede intervenir, se debe más a la casualidad

que a las propias decisiones. Lo que importa es que vas a regresar a la vida salvaje de Sowr, pero ¿has pensado en cómo van a recibirte?

—No lo sé, supongo que bien.

—Piensa que no dejaste de ser una desertora de su civilización.

—Es cierto, pero regreso desengañada de la civilización tecnológica, de los trajes de supervivencia para poder vivir e impedir que los rayos cósmicos me quemen viva. Regreso a la naturaleza misma, al lugar de donde salí, al suelo que deseo besar, al agua donde ansío zambullirme, un agua purificada por el aire y el sol y no por complicadas máquinas que hacen el trabajo que ya la naturaleza se ve impotente para realizar.

—Ya que estamos llegando a Sowr y nadie más puede oírnos, me refiero a fuera de los que aquí viajamos, puedo decirte que tu planeta está en período de extinción.

—No es posible.

—Sí, sí lo es, yo también lo desconocía. Precisamente este viaje es para impedir la destrucción de Sowr.

—¿Destruirse cómo un seísmo gigantesco?

—No. No sé exactamente de qué se trata, pero parece que ha comenzado un proceso rápido de desertización total y si la flora, si todo lo vegetal del planeta muere, también desaparecerá todo signo de vida animal y Sowr estará tan árido y seco como Marte o Venus. Quizá, con mucha suerte, dentro de unos millones de años volvería a resurgir la vida animal que, por supuesto, ya nada tendría que ver con la que existe ahora. Como tú sabes, la necesidad crea el órgano. Los animales no son bonitos ni feos, son según las circunstancias del medio en que se ven obligados a subsistir. El animal que se desarrolla y sus patas, ojos, pulmones, estómago, pelaje, plumas o simplemente el color no son los adecuados al medio en que vive, muere y toda su especie desaparece. Es una ley ecológica irrefutable.

—Sí, he sido educada en vuestra ciencia y conozco todos esos detalles comprobados por vosotros. En Sowr, ya nada se estudia sobre las ciencias. Sólo se estudian humanidades y siempre de forma oral, puesto que toda forma escrita ha sido rechazada.

—Ha de ser muy hermoso vivir en tu planeta, Giana. También en la Tierra tuvimos una era donde unos hombres sabios hablaban a sus alumnos o a quienes quisieran escucharles, sentándolos en círculo bajo el sol o junto a templos cuyas piedras conservamos como cimientos de nuestra cultura.

—¿Te refieres a Grecia?

—Sí, veo que lo sabes. Y te diré que un hombre destacó especialmente, no quiso escribir pero su verbo, su oratoria, sus razonamientos, han perdurado hasta hoy y seguirán perdurando. Ese hombre se llamaba Sócrates.

—Debió de ser un gran hombre.

—Lo fue, pero no siempre la dicha es completa, fue condenado a muerte y le obligaron a beber cicuta, un veneno que mató su preclaro cerebro. No quisiera que en vuestro planeta ocurriera algo semejante.

—No lo creo, allí son muy pacíficos. Desde que la civilización tecnológica fue rechazada y sepultada para no volver a desenterrarla jamás, ya no hubo guerras ni ambiciones. La paz se enseñoreó del planeta Sowr.

—Espero que siempre sea así. Lo único que te puedo decir es que si en el planeta Tierra hubiéramos tratado de hacer lo mismo, habría fracasado el intento, sería totalmente imposible.

—¿Por qué? —preguntó Giana, con ingenuo desconcierto.

—Porque los terrícolas somos ambiciosos, codiciosos y un montón de cosas más. Mientras unos tratasen de cultivar la paz y volver a vivir la naturaleza misma, otros, furtivamente, desenterrarían la tecnología y construirían de nuevo máquinas para dominar a sus semejantes y convertirlos en esclavos.

—Es horrible lo que dices.

—Horrible pero cierto. A lo largo de los milenios de historia terrícola, los fuertes, cuando han podido, han encadenado a los débiles para someterlos a esclavitud. No hay piedad para con el prójimo. Yo mismo, en ocasiones, deseo creer que somos buenos, pero la realidad me demuestra lo contrario y por ello hay que cuidar la dentadura para estar dispuestos a defendernos, ya que jamás sabremos cuándo vamos a ser atacados.

—Es terrible lo que dices. Tan hermoso como es vivir en paz, en continuo amor.

—¡David, David! —llamó Vim a través del intercomunicador.

David Lakerman apartó la mirada de Giana y clavó sus ojos en el videófono donde apareció el rostro de Vim.

—¿Qué sucede?

—Ya tengo en pantalla al planeta Sowr. Llegar ahora ya no va a tener problemas.

—¿Estás seguro de que no te confundes?

—No, no me confundo. Sólo es un punto en el espacio, pero coinciden todos los datos. Os lo paso en pantalla, un segundo.

Se borró el rostro de Vim y la pequeña pantalla tuvo varias oscilaciones. Luego, se puso negra y apareció un punto que, mirándolo con mucha atención, podía detectarse en él el color azul.

— ¡Es Sowr, es Sowr! —exclamó Giana, emocionada.

CAPITULO VIII

Atendiendo a todas las indicaciones de Harry y la bellísima Anaida, David Lakerman y Vim dispusieron que la nave orbitara el planeta Sowr al que estuvieron observando gracias a las potentísimas telecámaras que reflejaban con todo detalle lo que había en la superficie del planeta.

Pudieron ver inmensas selvas, ríos caudalosos y limpios, manadas de animales salvajes corriendo de un lugar a otro, grandes felinos carniceros en manada, descansando y otros encaramados a los árboles, aguardando una posible presa. Todo podía contemplarse con absoluta claridad en la gran pantalla que tenían a bordo de la Space Condor 77.

—Mira, eso es un poblado —señaló Vim.

Efectivamente, pudieron ver una comunidad de seres inteligentes de aquel planeta. Vivían en casas rudimentarias, de adobe, no parecía que pudieran resistir mucho. Otras comunidades vivían en cuevas, en oquedades de los farallones.

Vivían desnudos y no parecían cultivar los campos de los alrededores. Debían practicar una artesanía muy rudimentaria, utilizando como base materiales naturales como ramas de árboles de madera dura, huesos de animales o colmillos.

Había sido un regreso voluntario al pasado y parecía definitivo, puesto que subsistían en aquella forma a lo largo de varias generaciones.

—Tengo la impresión —comentó Harry— de que las hembras sowrícolas envejecen muy pronto.

Giana lo miró desafiante.

—¿Cómo sabes la edad de las que estás viendo?

—Es algo que se nota. Fíjate, las muy jóvenes tiene los pechos altos y firmes y las que tienen más o menos vuestra edad, ya parecen viejas, con pechos colgantes que casi les llegan al vientre.

David, observando que Giana se ponía tensa, cambió las imágenes distanciando la visión. En vez de tomar primeros planos, pudieron ver el poblado a cierta distancia, con todo su entorno, sin que los sowrícolas tuvieran posibilidad de descubrirles a ellos, ya que carecía de todo aparato de observación a distancia.

—Lo que les ocurre a las mujeres que hemos visto —opinó David — no es cuestión de genética, de herencia, sino de hábitos. Si utilizarán otros sistemas de vida, no sufrirán esa degradación física.

—Ellas son más felices así —objetó Giana con vehemencia.

Anaida la miró casi con pena y opinó:

—No creo que a los veinte y pocos años les guste verse convertidas en ancianas. Nosotras estamos como las muchachitas de doce años que hay ahí abajo y tenemos cerca del doble. Si me preguntaran cuál es la mejor vida, no tendría dudas al responder.

Por uno de los telecanales de comunicación entró claramente una voz en la cabina de mando de la cosmonave; era masculina y todos pudieron oiría.

—Atención, atención, aquí base de laboratorio de experimentación agronómica llamando a Space Condor 77, llamando a Space Condor 77...

David Lakerman cambió el mando de la llave y respondió:

—Space Condor 77 contesta, al habla el comandante David Lakerman. Les escucho perfectamente.

—Atención a las coordenadas que voy a darles para su computadora.

—Computadora abierta para coordenadas. ¿Es el lugar para la toma de contacto?

—Sí.

—¿Está habilitado?

—No tema, comandante Lakerman, es un lugar llano y pétreo. Es duro y resistirá el calor que despidan los motores de la nave. La toma de contacto es preferible que la haga vertical.

—¿Hay alguna otra nave en ese lugar?

—Sí, pero debidamente señalizada, no le estorbará. Se halla en el ángulo noroeste del astropuerto improvisado. Si realizan la maniobra correctamente, no habrá problemas.

Mientras el computador central de la Space Condor 77 absorbía las coordenadas para conocer el punto exacto donde la cosmonave terrícola debía posarse en el planeta Sowr, David Lakerman pidió a los que viajaban en su nave:

—Colocaos en las literas y sujetaos con los atalajes de seguridad. La maniobra de descenso será en vertical. Luego, inclinaremos la nave con los subcohetes de posición y maniobra.

Al llegar al punto de contacto según el ordenador, Lakerman comprobó que en aquella cara del planeta era noche cerrada, lo que no resultaba ningún inconveniente para la Space Condor terrícola, máxime viendo las luces de señalización de la otra nave que aguardaba allí.

Lakerman demostró una vez más que conocía muy bien su cosmonave y cómo maniobrar con ella. Descendió en vertical e inclinó la nave despacio, como si la proa que apuntaba al cielo fuera a caer. Mas gracias a los subcohetes de posición, fue descendiendo hasta quedar horizontal, lista para la descarga.

—Magnífico —le dijo Anaida—, ya estamos en Sowr. Ahora sólo

hay que desembarcar la mercancía.

—¿Y dónde la llevarán?' —preguntó David.

—A la otra nave.

—¿Y por qué no ha traído la otra nave la mercancía? Veo que es muy grande, sus bodegas deben ser auténticos hangares.

—Ha venido desde otro lugar y traía distinto tipo de mercancía.

—Bien, vosotros sabréis. Vim la descargará cuando queráis, nuestro trabajo ha terminado.

—Te pagaremos lo estipulado —le dijo Harry.

Anaida añadió:

—Es posible que tengamos otro encargo para ti.

—¿Una carga partiendo desde aquí? —preguntó David, interesado, ya que de obtener esa nueva carga el negocio podría resultar doblemente rentable.

De una forma vaga, sin confirmar nada, Anaida comentó:

—Es posible que la compañía quiera llevar a los laboratorios de investigación agronómica una gran cantidad de muestras que habrían de recogerse, muestras de tierra, de rocas, de diversos tipos de plantas.

—¿Es un contrato en firme o sólo una posibilidad? —inquirió David, buscando seguridad.

—En este momento no puedo confirmártelo. Dentro de un plazo de setenta a cien horas, te responderé.

—Y en caso afirmativo, ¿cuánto tardaría en marchar?

—No sé, trescientas horas poco más o menos, depende de las muestras que ya hayan recogido. Las pequeñas aeronaves recogedoras de muestras actúan de noche y con infrarrojos para no asustar a los seres que habitan en este planeta, la mayoría de los cuales no han visto jamás una máquina volante e incluso se ha prohibido mencionarlas en ese regreso voluntario al primitivismo que han adoptado. Trabajamos con sigilo. Tú quedas libre hasta que yo me comunique con mis superiores.

—¿Están aquí tus superiores?

—Posiblemente. No puedes hacer turismo por el planeta, pero te recomiendo que lo hagas de forma que no se note que eres terrícola. Podrían sentirse violados.

—Es posible que haga turismo mientras decidís si os interesa fletar de nuevo mi cosmonave para cargar las muestras. Os rebajaré el precio por hora de viaje si el destino es el planeta Tierra —les dijo con una sonrisa irónica.

—Veré de ponerme en contacto con mis superiores. Ya sabes cómo funciona una sociedad anónima, no sueles ni conocer la cara de los que verdaderamente tienen el control y el dinero, que es lo mismo. De todos modos, pronto tendré una respuesta y si lo que deseas es

reintegrar a Giana a sus gentes, puedes acompañarla, pero nada de contar que estamos aquí trabajando con ellos.

—¿Y por qué no explicarles que vamos a salvar su planeta de la desertización? —preguntó Lakerman.

—No lo entenderían. Durante varias generaciones han quedado fuera de la ciencia, al nivel más elemental. No pueden entender que tratamos de ayudarles. Después de todo, es una decisión del comité de ayuda de la Confederación Galáctica. Han destinado unos fondos con los que se van a sufragar los gastos que tenga la compañía para la cual trabajamos Harry y yo. Debemos de hacer el trabajo y pronto. Ahora se acercarán los vehículos de descarga. Aquí no habrá problemas de hostilidad. En este lugar el planeta tiene un clima muy benigno y el aire es totalmente puro y está bien oxigenado.

—Ya os diré algo. Es posible que acepte el trabajo y que haga turismo mientras tomáis decisiones —asintió David.

—Yo también tengo ganas de visitar-este planeta —dijo Vim—, pero esperaré a que regreses.

—De momento, prepara la descarga.

No tardaron en aparecer unos silenciosos vehículos atom-hover-craft. Lanzaban casi un inaudible silbido mientras se acercaban a la puerta de la bodega de carga de la Space Condor 77.

Vim comenzó a manejar los mandos de las grúas para la descarga. Anaida y Harry salieron al exterior para encontrarse con los que allí estaban. Por su .parte David Lakerman se encaró con Giana y Se dijo.

—Hemos llegado a tu planeta. ¿Estás decidida a regresar con los tuyos?

—Sí.

—¿Sabes llegar hasta ellos?

—Si tú me ayudas, creo que sí.

—De acuerdo, pero como desconozco este planeta y no sé con qué clase de animales voy a toparme, iré armado.

—Como quieras.

—Voy a dejar la cosmonave en manos de Vim mientras te acompaño. ¿Quieres que tomemos una nave?

—No.

—De todos modos, tengo un pequeño atom-hover-craft silencioso. No se ve mucho y nos ahorrará caminatas. Si lo deseas, cuando lleguemos al poblado al que quieres reintegrarte, me mantendré oculto.

—Lo que tú digas. Espero que mi pueblo me reciba bien, pero será mejor que no te vean a ti armado y con un vehículo. Ellos ignoran que los seres tecnológicamente civilizados de la Galaxia han llegado aquí aunque sea para ayudarles. Repudiaron la civilización tecnológica y no sabemos cómo reaccionarían al verte.

—De acuerdo. Si vamos aprisa, llegaremos al primer poblado a la amanecida. No nos verán y tú entrarás en él; sin embargo, aún estás a tiempo de dar la vuelta Tienes la oportunidad de retroceder. Ya sabes demasiadas cosas sobre la ciencia que ellos ignoran y pueden tomarte como una diosa o como una bruja.

—Confío que me consideren como una más de ellos.

—Si estás decidida, vamos.

Fueron en busca del vehículo pequeño. Ya no necesitaban los trajes de supervivencia, mas David Lakerman se armó con su subfusil polivalente, un cuchillo supraduro, un telecomunicador para no perder el contacto con Vim y una linterna de alta potencia que incorporó a su ancho cinturón.

—Vamos —le dijo a Giana.

—No, espera.

—¿El qué?

—Ellos no usan ropa.

Ante los ojos de David, se desvistió, dejando todas sus ropas dentro del propio vehículo.

David ya había contemplado aquel hermoso cuerpo en su total desnudez. Lo había besado, lo había amado; sin embargo, no dejaba de maravillarle volverlo a ver. Todo dentro de él volvía a excitarse, a rebullir. Giana captó en la mirada del hombre su deseo, sano y limpio, pero deseo.

—Por favor, David, ahora no. Deja que regrese con los míos tal como estoy.

—¿No me amas?

—No me obligues a responder. Estoy en una encrucijada y te juro que es muy difícil escoger el camino.

—De acuerdo, sube al A.T.H.

El vehículo salió lentamente de la gran cosmonave. La noche era clara, estrellada y hermosa. Todo ayudaba a una especie de encantamiento en el que semejaba haber caído el hombre.

Un planeta palpitaba fuerte dentro de las arterias masculinas, sentía unos terribles deseos de detener aquel veloz y silencioso vehículo que se deslizaba sin tocar el suelo, a unos tres pies de altura, para saltar sobre la hierba y amar, o mejor que amar, amarse con aquella hembra del planeta Sowr hasta la saciedad.

Mas ella había decidido regresar con los suyos. ¿Qué ocurriría después? Sólo el destino lo sabía y el destino nadie podía conocerlo.

CAPITULO IX

La lujosísima y veloz cosmonave de recreo, propiedad de Noah Ronshon, se hallaba en una hondonada bajo las copas ubérrimas de follaje de los altísimos árboles.

Noah Ronshon tenía allí dentro su cuartel central desde el que controlaba el improvisado astropuerto, la gran nave nodriza y los alrededores gracias a una red de telecámaras que había montado entre las rocas y las copas de los árboles,

—Todo está perfecto —dijo a Percy Lugan que se hallaba a su lado. Se mantenía en contacto con Sea a través de la pequeña pantalla.

—Las cosmonaves de combate están distribuidas por los bosques cercanos, camufladas con ramajes para que no sean descubiertas y las bodegas de la nave nodriza en que llegaron las cosmonaves de caza servirán para albergar a los robots, con todo el material anexo para la excavación.

—Bien. Que ni David Lakerman ni su compañero Vim entren en la nave nodriza bajo ningún concepto. Hay que alejarlos con cualquier pretexto.

Anaida y Harry, que acababan de entrar en el despacho, dijeron:

—David Lakerman está ya muy ocupado con Giana, no se dará cuenta de nada.

—¿Y Vim?

—No soy su tipo —repuso Anaida.

Harry añadió:

—Le gustan más las morenas,

Noah Ronshon, que mantenía la conexión con Sea que permanecía en la nave nodriza, le preguntó:

—¿Has oído?

—Sí, que ése gorila prefiere las morenas.

—Pues es tuyo.

—A mí no me gusta él —replicó Sea con cara de pocos amigos.

—No te pido que te acuestes con Vim. Bastará con que lo enamores un poco y luego le das un somnífero.

—¿Tiene que despertar del somnífero? —inquirió Sea.

—De momento lo mantendremos dormido. Después ya veremos qué hacemos con él. Dormido no será ninguna molestia.

—Está bien. Dejaré que goce sólo un poco de mis encantos y después lo narcotizaré.

—Será suficiente. Ahora ocupémonos del plan; hay que llevarlo a cabo en el mínimo de tiempo, todo está dispuesto.

Abrió la pantalla grande y apareció una vista del lago que tenían junto al bosque. Comenzó a explicar:

—Nos hallamos en el área de lo que hace mucho tiempo fue una gran metrópoli. —Controló la pantalla gracias al tablero de mandos que tenía al alcance de su mano—. A la derecha aún se conservan restos de construcciones de hormigón armado, porque esta civilización, antes de su estúpida decisión de regresar al primitivismo, había descubierto el hormigón armado. Un artefacto nuclear asoló el área, pero por suerte para todos, su contenido de radiactividad fue muy bajo. Era una bomba limpia, sin efectos secundarios, pero que bastó para arrasarlo todo, todo excepto la colina que domina el valle que desemboca en el lago. Fijaos, sobre la colina hay un templo, un templo que los seres de Sowr todavía utilizan, pero por los datos que tengo, sólo suben a ese templo cuando en su cielo tiene efecto la conjunción de las dos lunas naturales que posee este planeta. Entonces, el cielo semeja tener dos ojos que les escrutan. Para los seres de este planeta, la posición de sus dos lunas naturales tiene una gran importancia religiosa.

—¿Cómo ha averiguado todo eso? —preguntó Harry.

—Un sowrícola desertor de este planeta me lo contó todo y prometí pagarle bien. Me entregó unos planos muy antiguos que no llegaron a ser destruidos.

—No vamos a interesarnos por el templo, ¿verdad? —preguntó Harry.

—No. Según los planos, en ese punto… —Movió el dial de la imagen y apareció el improvisado astropuerto que se hallaba a un par de centenares de metros del lago— estaba situado el Banco más importante de este planeta, el Banco Nacional de Sowr.

Todos miraron hacia la pantalla. Fue Anaida la que opinó, decepcionada:

—No queda nada.

—Es cierto, todo está arrasado, pero nadie se llevó el tesoro del Banco Nacional del planeta Sowr.

—¿Y dónde está ese tesoro ahora? —preguntó Percy Lugan.

—La bóveda súper reforzada y protegida hasta contra seísmos se hallaba justo bajo el lago, por eso debe seguir intacta en el lugar donde fue construida y en el que guardaron todos sus tesoros.

—¿No serán billetes de Banco? —preguntó Sea desde el otro lado de la pantallita en que se reflejaba su imagen. Antes ¿le obtener respuesta, añadió—: Si es así, ese dinero no se cotiza en ninguna parte.

—No, no son billetes de Banco si no grandes cantidades de metales preciosos y joyas de indescriptible valor, lo mejor y lo más precioso de este planeta, ya trabajado por orfebres y talladores de

gemas. Todo está encerrado en una gran caja de caudales bajo el lago. Lógicamente, debe ir una galería desde el lugar marcado, donde se halla la nave nodriza, hasta el fondo del lago. Hay que comenzar a cavar con detectores hasta encontrar la galería, pero que no sea demasiado cerca de la orilla del lago. Después, a través de la galería, llegaremos a la gran cámara acorazada. Iremos abriendo todas las puertas por gruesas que sean cortándolas con el láser. Nada nos detendrá. Los robots harán el trabajo por si hay explosivos contra posibles atracos. Formaremos un cinturón de robots armados en todo el perímetro del bosque y cualquier sowrícola que se acerque será incinerado.

Sea comentó:

—Los robots cumplirán su cometido de eliminar a los intrusos, para eso han sido programados. Todos los que no lleven la placa de identificación y queden bajo su radio de acción serán exterminados, sean quienes sean.

Percy Lugan se atrevió a preguntar:

—¿Y compensará ese tesoro todo el gasto que se ha hecho en la operación y el riesgo que corremos de ser capturados por la policía de la Confederación Galáctica y ser condenados a trabajos forzados en cualquier asteroide perdido, sin posibilidad alguna de fuga?

—Sí, vale la pena —aseguró Noah Ronshon sin vacilar. Yo me juego más que nadie y arrancaremos ese tesoro acumulado durante milenios por los seres de Sowr antes de que decidieran regresar al salvajismo.

—Hemos de ir con tiento —advirtió Anaida—, Aunque ellos no utilicen ese tesoro que tienen sepultado en una cámara acorazada a prueba de bombas nucleares y seísmos, es suyo y lo que hacemos es un robo.

—Sí, el robo más grande de la historia de los terrícolas, aunque lo llevemos a cabo en otro planeta. Por ello, cualquier ser que se interponga entre nosotros y ese tesoro, será exterminado sin vacilación alguna.

—¿Y las cosmonaves de combate? —preguntó Sea, siempre en contacto con ellos a través del videófono que permanecía abierto.

—Estarán dispuestas para entrar en combate. Si los sowrícolas advierten nuestra presencia, los exterminaremos como si fueran moscas.

—No cabe duda de que todo está planeado cuidadosamente —opinó Percy Lugan convencido de sus palabras y al mismo tiempo deseando agradar a su jefe Noah Ronshon.

—Exactamente, todo está estudiado. Es un trabajo largo de preparación, había que prevenir cualquier contingencia y ahora está todo listo, incluso para cuando nos alejemos de aquí. Morirá la flora y

luego todo ser vivo. No quedará nadie, absolutamente nadie, pero hay que trabajar rápido y evitar ser vistos.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Anaida.

—Ya hemos empezado —le contestó Noah Ronshon—. A David Lakerman lo habéis engañado bien. Cargaremos todos los tesoros en su cosmonave Space Condor 77 que pilotarás tú, Harry. Los robots deben ser desempaquetados de inmediato y comenzar a ocupar sus puestos en el plazo de una hora. Al amanecer iniciaremos las excavaciones a la búsqueda de la galería que conduce a la cámara acorazada y que se encuentra bajo las aguas del lago.

Las palabras de Noah Ronshon no eran simples palabras si no órdenes que debían cumplirse de inmediato, sin réplicas ni vacilaciones.

Harry sugirió:

—Ahora que está desprevenido, podríamos eliminar a Lakerman.

—No tengas prisa, todo llegará. Ahora va con Giana y ella es fiel a mis mandatos como todos vosotros, y desgraciado de aquel que me desobedezca porque será exterminado. Como decía, Giana irá al poblado de los sowrícolas y eso los mantendrá entretenidos mientras nosotros trabajamos. Es mejor que estén ocupados con la hija pródiga y Lakerman que se ha enamorado de Giana. ¿No es así, Anaida?

—Completamente.

—Pues estará sólo pendiente de seguirla y más en este planeta que el salvajismo les lleva a la total desnudez… Giana es una auténtica belleza, como vosotras dos. Dejémosles tranquilos y mientras, nosotros profanaremos la cámara acorazada del Banco Nacional de Sowr del que ya no parecen acordarse.

—¿Y el sowrícola que le dio los planos para encontrar la cámara acorazada no puede vendérselos a otro? El podría ser el traidor que en el planeta B.O.3 intentó denunciar nuestros planes a la Confederación Galáctica.

—El traidor no ha vuelto a dar señales de vida. Debió desaparecer en la explosión que hubo en el planeta B.O.3 y en la que murieron tres de nuestros hombres. Ya no es necesario que nos preocupemos por él. Cualquier mensaje que tratara de lanzar desde aquí a la sede de la Confederación Galáctica, tardaría tanto tiempo en llegar que nosotros tendríamos tiempo de reventar la cámara acorazada, cargar con el tesoro que se ha mantenido oculto durante generaciones de sowrícolas y marcharnos, aunque es mejor que nadie envíe ningún mensaje, siempre podría crearnos problemas a posteriori y no quiero pleitos. Ah, el que me vendió los planos no dará información a nadie porque ya le pagué como merecía. Lo convertí en cenizas para abonar el césped de una finca que poseo en una isla griega, allá en la Tierra. Ahora, todos a trabajar de inmediato.

Noah Ronshon desconocía la piedad, exterminada sin ningún escrúpulo a cuantos podían perjudicarle en sus planes delictivos. David Lakerman era ya hombre muerto para todos, sus horas estaban contadas, sería eliminado cuando conviniese a los planes de Noah Ronshon que lo tenía todo muy bien preparado para robar los tesoros del planeta Sowr, acumulados durante milenios. Posiblemente, los propios sowrícolas ignoraban dónde se encontraban.

CAPITULO X

David Lakerman detuvo su pequeño, pero veloz y silencioso A.T.H., un último modelo para desplazarse sobre las superficies de los planetas, aunque también podía elevarse hasta los treinta mil pies en distancias no superiores a las tres mil millas. Incluso podía navegar bajo el agua a grandes profundidades durante un espacio máximo de cinco horas debido a la capacidad de almacenamiento de aire respirable que poseía.

—Allí está el poblado —dijo.

Lo estaban viendo gracias a la pantalla de infrarrojos que mostraba lo que la telecámara con objetivo telescópico y captación de infrarrojos captaba.

—Es más grande de lo que pensaba.

—Sí, no es pequeño y parece pacífico. Ha querido vivir en la más absoluta naturaleza, pero han tenido que claudicar y crear casas que les protejan de las inclemencias del tiempo.

—Sí, pero no hay fábricas ni complejos industriales.

—Eso, por desgracia, viene después y es irremediable. Primero aparecen cabañas, luego se agrupan. Se hacen casas más sólidas y dejan de ser poblados para convertirse en ciudades. En un proceso lógico irremediable. Al paso del tiempo harán falta más piedras y alguien comenzará a fabricar cemento, ladrillos. Después, vendrán las herrerías.

—Para todo eso ha de pasar mucho tiempo y aún podemos vivir siglos en completa felicidad.

—¿De verdad crees qué en ese primitivismo está la felicidad?

—Sí, creo que sí.

—No puedo retenerte aunque me gustaría, Giana. Te amo. Me he unido a muchas mujeres, pero jamás a ninguna le he dicho que la quiero.

—¿Serías capaz de retenerme?

—Contra tu voluntad, no.

—De todos modos, no puedo negarte que tengo miedo.

—¿De encontrarte con los tuyos?

—Sí. Hace mucho tiempo que salí de este planeta. Las que fueron mis compañeras, en realidad hermanas, ahora se sentirán como envejecidas a mi lado.

—No me marcharé de aquí en cuarenta y ocho horas por si decides regresar.

—Si te quedas, ¿de qué vas a alimentarte?

—No lo sé, no te preocupes por mí. Siempre llevo algún alimento

concentrado en los bolsillos de mis vehículos. Me quedaré aquí aguardando tu última decisión.

—No te marches. Si dentro de cuarenta y ocho horas no he regresado, es que he decidido quedarme.

—Así lo entenderé.

David Lakerman hizo ademán de cogerla por la cintura para atraerla hacia sí y besaría, pero ella se apartó. Era consciente de su desnudez, de la atracción que ejercía sobre el terrícola. Ella misma se sintió débil ante la tentación.

Desde un principio, había tratado de dominar a David Lakerman mostrándose fría interiormente y siguiendo los planes trazados, mas algo que ella no sabía definir y que irradiaba del hombre; la estaba envolviendo como la red de una gran trampa en la que ella misma se había metido.

El simple contacto de las manos de David, sus labios, el roce electrizante de su piel, todo la hacía estremecer y aquello no había entrado en sus planes.

—Por favor, despidámonos sin tocarnos —le suplicó.

David vio alejarse la bella figura femenina, ligeramente tostada por los baños de rayos ultravioleta que además del suave bronceado le habían proporcionado la vitamina «D» que su cuerpo precisaba.

Amanecía. El sol que daba vida al planeta Sowr era más rojo y también más grande, o quizá fuera mejor decir que el planeta Sowr se hallaba más cerca de su sol que la Tierra del suyo, sólo que el de ésta era más fuerte, más poderoso, calentaba más.

*

Giana siempre había trabajado para Noah Ronshon, quien la había convencido para que abandonara su planeta. Lo que la muchacha ignoraba era que quien había vendido los planos de la ubicación de la cámara acorazada del Banco Nacional de Sowr había sido precisamente su padre, el cual había sido asesinado por Noah Ronshon, circunstancia que ella, por supuesto, desconocía.

Giana tenía una fe ciega en Noah Ronshon, por ello le obedecía, lo mismo que hacían Sea y Anaida.

Seguía estrictamente los planes de Noah Ronshon. Se le había ordenado llamar la atención de David Lakerman y lo había hecho. Se le exigió que se mantuviera cerca de él en todo momento para controlarlo mejor, y lo había conseguido enamorándolo, sólo que ella, sin proponérselo, también se había enamorado de David.

Se le había advertido que tras un tiempo prudencial dentro del poblado, los secuaces de Noah Ronshon volverían a buscarla, ya que su aparente deseo de regresar al primitivismo sólo era una farsa para

engañar al cosmonauta Lakerman. Tenía que seguir mintiendo hasta el final. Luego, sería rescatada y en la lujosa nave de Noah Ronshon, se alejaría del planeta Sowr, sólo que más rica, aunque no sabía exactamente de dónde saldría el dinero que habrían de pagarle, porque a Giana no se le había explicado que el objetivo de Noah Ronshon era hallar la cámara acorazada oculta bajo el subsuelo del lago y llevarse de allí todos los tesoros de Sowr, acumulados durante milenios.

Giana recordó aquellos parajes que habían sido todo su mundo en la infancia. Recordó a sus compañeros de juegos, niños y niñas, en una educación mixta total, sin tabúes ni problemas.

Por ello Giana, en su estado adulto, no arrastraba traumas y le importaba poco mostrarse desnuda ante los demás y no por afán de exhibicionismo, si no porque no había ningún mal deseo o libidinosidad en su conducta.

Sin embargo, junto a David Lakerman sí había sabido lo que era vibrar, lo que era estremecerse, lo que significaba realmente el contacto íntimo y total con un hombre, unos contactos que ansiaba repetir, pero debía seguir los planes marcados y ahora caminaba con tiento hacia el poblado. Sus pies ya no estaban habituados a caminar descalzos por la tierra.

Entró en el gran poblado, ya casi una metrópoli, bajo la luz de una mañana limpia, con un sol rojo y radiante.

La chiquillería fue quien primero la descubrió. Gritaron, ella les entendía perfectamente. Las mujeres asomaron poco a poco a las puertas de sus casas que casi eran chozas.

Había mujeres muy hermosas y mujeres envejecidas.

Otras, rodeadas de niños, mostraban sus senos caídos, alargados de tanto ser succionados por las criaturas nacidas de aquellos vientres centrados entre los mugrones casi gastados de tanto amamantar.

Giana sonrió a unos y a otros, a derecha e izquierda. Eran los suyos. Muchos de aquellos seres que la observaban con tanta curiosidad, como si fuera algo extraño, jamás visto, debían tener su propia sangre.

Llegó casi al centro del poblado desde el que se dominaba una vista parcial del lago, ya que en aquel punto los árboles no eran muy espesos. De allí partía el camino tortuoso que ascendía a la colina donde se conservaban las ruinas más importantes de la civilización tecnológica rechazada generaciones antes.

Se acercó a la puerta de una choza de adobe y tejado de ramas y barro donde ella había nacido. Ya nada de aquello tenía que ver con lo que estaba acostumbrada a vivir.

En la puerta vio a una mujer joven y hermosa, desnuda como todas. Sostenía entre sus brazos a un bebé que, ignorante de lo que

ocurría, casi colgaba de un pecho al que se mantenía cogido con los labios bien prietos, como temiendo que escapase.

—¿Está aquí Noira? —preguntó Giana.

La mujer que amamantaba a la criatura la miró sin responder. Luego, se volvió para llamar.

—¡Madre!

En el umbral de la puerta que hedía a sudor, un desagradable olor que en la civilización aséptica a la que se había adaptado Giana ya casi había desaparecido, quedó una mujer prematuramente envejecida, con los cabellos ásperos, los pechos totalmente caídos, la piel llena de arrugas y los ojos fatigados. La miró e inquirió:

—¿A quién buscas?

—A Noira.

—Noira murió hace tiempo.

—No lo sabía.

—¿De dónde vienes?

—De muy lejos —respondió Giana, y a su vez pregunto de nuevo—: ¿Y Torina?

—¿Torina, para qué la buscas?

—Es mi hermana.

—¡Mientes, extranjera! —casi le escupió aquella mujer.

—No miento. Noira era mi madre y Torina es mi hermana.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Giana.

—¡Mientes! —volvió a gritar la mujeruca, agregando—: Torina soy yo y si fueras mi hermana, te parecerías a mí.

Giana no pudo evitar retroceder un par de pasos, fue un gesto instintivo de rechazo.

La mujeruca en que se había convertido Torina debió sentir un latigazo de celos, rabia o decepción al ver lo que era ella misma y la belleza radiante de Giana, porque casi brutalmente escupió y acusó:

—¡Es una embustera! ¡Miente, es una intrusa, una bruja, sí, debe der la bruja que se llevó a mi hermana Giana cuando era una niña, una bruja que ha venido a maldecirnos, a quitarnos a nuestros hijos!

Ante aquella virulenta acusación, totalmente inesperada para Giana, ésta volvió a retroceder, rodeada ya de una pequeña multitud que se había formado. La situación se le hizo totalmente hostil y se sintió apresada por decenas de manos.

—¡Soltadme, soltadme! ¡No miento, no miento! —gritó desesperada, aterrorizada—. ¡Soy Giana, soy Giana, vuestra hermana!

—¡No la matéis! —pidió de pronto Torina, mirándola casi con odio—. Llevémosla a presencia del consejo de ancianas.

Giana, que temía ser lapidada allí mismo y recordando que aquélla era una sociedad en gran parte matriarcal, ya que los

hombres solían pasar gran parte de su tiempo lejos del poblado, cazando, pues era la única labor que hacían y más como diversión que como necesidad, aceptó: —Sí, sí, yo se lo explicaré.

A empujones, golpeada, zarandeada, anduvo hacia el pequeño anfiteatro donde se reunía el consejo de ancianas.

Ya estaba arrepentida de haber accedido a los planes de Noah Ronshon. Su situación era más que difícil. ¿Y si Noah Ronshon decidía olvidarse de ella y abandonarla a su suerte?

CAPITULO XI

Los planes se estaban llevando a la práctica con cronométrica exactitud.

Desde el centro de control en que se había convertido la nave personal de Noah Ronshon, manejaban a los robots que hacían el doble trabajo de operarios de excavaciones y soldados de vigilancia por si eran sorprendidos en su fantástico robo al planeta Sowr.

Siguiendo las indicaciones de los planos, habían desestimado comenzar a perforar en el lugar donde siglos atrás se ubicara el Banco Nacional del planeta Sowr, una civilización tecnológica tan floreciente que había llegado a su propia autodestrucción por exceso de consumismo, ambición y codicia.

Un ordenador de alta fiabilidad había señalado el lugar más idóneo para iniciar las excavaciones.

A mitad de camino entre el lago y el antiguo emplazamiento del Banco desaparecido, se había trazado una línea paralela a la orilla del lago que debía cruzar por encima de la galería que conduciría a la cámara acorazada situada en el subsuelo del lago. Para tener la máxima seguridad, la galería debía estar muy honda y con una gran pendiente hacia el fondo del lago.

Los robots manejaban los potentísimos bulldozers gigantes mientras otros robots armados con cañones portátiles láser deshacían la roca que era extraída por los bulldozers como si fuera mantequilla del interior de tarrinas.

Había una veintena de bulldozers y uno tras otro penetraban en la zanja por uno de sus lados. Recogían la tierra y la roca deshecha por los robots y la dejaban fuera de aquella zanja de unos doscientos metros de largo.

Ahondando, ahondando, por fuerza se tropezarían con la galería, si es que los planos no estaban equivocados.

Desde la nave personal de Noah Ronshon, los que formaban el grupo observaban a través de la pantalla gigante el duro trabajo que los robots efectuaban de forma incansable. Eran un ejército de obreros y de soldados al mismo tiempo.

La zanja, cada vez más profunda, semejaba un tajo en el suelo del planeta Sowr, como un pequeño cañón telúrico insalvable, sin puente de un lado a otro.

La tierra y las rocas acumuladas en los extremos de la zanja formaban montículos ya de considerable altura, como dos grandes conos que señalasen los extremos de la zanja dentro de la cual continuaban trabajando durante horas y más horas los robots que a

nivel de suelo ya no se podían ver, pues no tardaron en llegar a los quince metros de profundidad.

La dureza del subsuelo aumentó, y también aumentó el cañoneo de los cortadores láser que destrozaban las rocas que los bulldozers, sin dejar de rugir, se llevaban fuera de la zanja.

Pasaron más horas. Dentro de la nave de Noah Ronshon reinaba gran tensión y excitación. Se consumía café, mentobacco y bebidas fuertes. El ansia se reflejaba en los rostros de Sea, Anaida, Percy Lugan, Harry y del mismísimo Noah Ronshon, que parecía el más seguro de sí.

—Lo encontraremos —dijo, sorbiendo la enésima taza de café, un placer sibarítico, pues era café sin artificio, traído desde el mismísimo planeta Tierra.

Harry le observó:

—La excavación ha llegado casi a los cincuenta metros de profundidad. Existirá ya riesgo de derrumbes.

—No lo creo. Los robots han sido programados debidamente para este trabajo —replicó Noah Ronshon, añadiendo—: Las paredes están sujetadas con planchas de duro acero y separadas entre sí por vigas telescópicas de ultracomprensión que evitan cualquier derrumbe sobre la zanja. Además, gran parte de ese suelo, tal como habíamos detectado, es roca, y los corrimientos de tierra son casi imposibles. La verdad es que los que idearon esa galería que conducía a la cámara acorazada en el subsuelo del lago tuvieron una gran idea. En su tiempo, esa galería podía considerarse totalmente inaccesible.

—Si es que existe —objetó Anaida, ya cansada, con cercos violáceos rodeando sus bellos ojos. También ella estaba ansiosa por llegar a la galería que les conduciría al tesoro más grande jamás hallado por terrícola alguno.

Obviamente, hacía falta un ejército de robots cuidadosamente programados para realizar aquella excavación en el mínimo de tiempo posible y a la vez tenían la orden de destruir a quienes pudieran presentarse por muchos que fueran.

De pronto, se encendieron unas luces anaranjadas en forma intermitente. En la lujosísima nave de Noah Ronshon, todos quedaron en suspenso, estaban esperando aquella señal precisamente,

—¡Al fin lo han encontrado! —exclamó Noah Ronshon, como si los demás le dejaran el privilegio de lanzar aquella exclamación. Era por la tarde, pero la zanja excavada resultaba ya tan honda que se hallaba iluminada por focos.

Todos miraron hacia la pantalla que estaba en el centro de control. Noah Ronshon, que lo controlaba todo directamente, movió a distancia la telecámara provista de objetivo telescópico y fue acercando la imagen hacia el lugar donde los robots se habían

detenido. Fue Sea quien exclamó, apuntando a la pantalla con su índice:

—¡Ahí está el boquete!

—¿No será una galería natural del subsuelo? —rezongó Percy Lugan.

—Pronto lo averiguaremos —dijo Noah Ronshon.

Desde su papel de mandos, ordenó a los robots que ampliaran el hueco hallado hasta dejar un trecho de la galería totalmente al descubierto.

A través de la pantalla, pudieron ver cómo los robots fundían el acero y convertían en polvo el hormigón con que estaban recubiertas las paredes de la galería.

Siguieron atentamente el arduo trabajo de perforación. Los grandes bulldozers se dedicaban a hacer más accesible el camino de descenso. La zanja de casi una veintena de metros de anchura estaba cruzada de margen a margen y a distintas alturas por las vigas telescópicas que impedirían cualquier derrumbe.

—Un trabajo de ingeniería perfecto y en un tiempo increíble —opinó Harry, sin dejar de mirar a la pantalla.

Un trecho de la galería quedó totalmente al descubierto. Las paredes interiores eran blancas y en su centro había algo que Noah Ronshon identificó de inmediato.

—Un monocarril. Debían circular microtrenes monocarril para trasladar los tesoros y al personal encargado de amontonarlos e inventariarlos. Ha sido un completo éxito.

—¿Todo estará bien dentro? —preguntó Sea.

—Primero enviaremos a dos robots para que se internen por la galería. Uno llevará consigo una telecámara y un cable que nos proporcionará la imagen, ya que la observación se realizará en el subsuelo y las ondas no nos llegarían sin cable. Otro robot hará los análisis correspondientes de humedad, tantos por ciento de oxígeno y nitrógeno, la posible existencia de gases nocivos, etcétera. No nos meteremos ahí abajo hasta que estemos seguros de que podemos hacerlo.

Los dos robots penetraron por la galería avanzando uno a cada lado del monocarril que pasaba por el centro de su suelo.

Lo que ellos iluminaban con las lámparas incorporadas en sus cabezas, lo podían ver en la pantalla de la nave privada de Noah Ronshon.

Uno de los robots llevaba colgando de su mano-tenaza un rollo giratorio que iba desprendiendo el cable de intercomunicación de video:

Todos atentos a la pantalla, se les hacía interminable el recorrido de la galería. Percy Lugan observó:

—Tiene una pendiente de treinta grados.

—Fijaos que el monocarril tiene un diminuto dentado que serviría a los pequeños trenes para aumentar el rozamiento y poder ascender la inclinación de la galería.

—¿Creen que pasará uno de nuestros vehículos por esa galería? —preguntó Sea que ahora estaba con ellos y no en la nave nodriza.

—Sí, claro que sí —dijo Noah Ronshon con mucha seguridad.

Los robots llegaron al fin a una amplia sala que debía hallarse casi en el centro del lago, bajo su subsuelo. Millones de toneladas de agua encima y luego rocas, hormigón armado. Allí estaba el pequeño monocarril con tres vagones.

—¿Podremos utilizarlo? —preguntó Noah Ronshon a Harry.

—Habrá que acercarse y verlo. Por supuesto que si funciona eléctricamente como parece, podemos suministrar fluido eléctrico.

—Para extraer el tesoro de la cámara acorazada utilizaremos ese monocarril si es posible —dispuso Noah Ronshon con su voz grave y el tono de mando que nunca le abandonaba.

Todos permanecían atentos. Los robots iluminaron en derredor hasta que en la pantalla apareció una superficie metálica muy brillante.

Anaida gritó:

—¡La puerta de la cámara acorazada!

—¡La hemos encontrado, estaba seguro de que la encontraríamos! —exclamó Noah Ronshon dando un largo y hondo suspiro de satisfacción.

—¿La abrirán los robots? —preguntó Percy Lugan.

—No, ése es un placer del que no quiero privarme. Los cinco robots pueden estar ayudándonos transportando el material necesario. Harry...

—¿Sí?

—¿Crees que con el láser cortaremos la caja?

—Sí, podemos cortarla justo por las fisuras y así se abrirá por las bisagras.

Anaida objetó:

—Sonarán las alarmas, si es que funcionan después de siglos.

Noah Ronshon soltó su carcajada fuerte, cargada de suficiencia y arrogancia.

—¿Qué importa que suenen las alarmas, quién les va a hacer caso? Ya no existen los vigilantes del Banco, deben ser puras cenizas.

Noah Ronshon tenía razón; ya no había vigilantes atentos a la alarma que pudiera sonar al ser atracada la cámara acorazada más importante del planeta. Los nuevos sowrícolas, autoprimitizados, no sabrían siquiera lo que era una alarma.

—De acuerdo, Harry, te encargarás de perforar esa puerta que

parece muy sólida.

Se realizaron todos los preparativos para poder llegar a la cámara acorazada, olvidada durante siglos.

Era como tratar de profanar un santuario sagrado, mas la ambición de Noah Ronshon no se detenía ante nada, quería todo aquel tesoro para él. Ya vería la forma de pagar el mínimo posible a quienes le ayudaban. También tenía que pagar a quienes le prestaban dinero para aquel gran robo que violaba la Carta Magna de la Confederación Galáctica.

Nadie quiso permanecer en la nave. Noah Ronshon, que deseaba saborear el gran momento del hallazgo admirado por varios terrícolas, permitió que todos fueran con él y dejó en su nave el funcionamiento automático.

Los robots fueron trasladando los cortadores láser al interior de la sala en la que se hallaba detenido el trenecillo monocarril, frente a la gran puerta de la cámara acorazada.

Noah Ronshon, las dos mujeres, Percy Lugan y, Harry, subieron en un estrecho atom-hover-craft y descendieron al fondo de la zanja para introducirse en el boquete abierto en la galería.

—No había visto ningún modelo tan estrecho de A.T.H.

—Lo mandé construir expresamente a un carrocero muy afamado porque ya sabía que tendría que circular por una galería —dijo Noah Ronshon—. Me costó lo que diez vehículos de lujo, pero ha valido la pena. En vez de un solo motor, lleva cuatro más pequeños para que la fuerza se distribuya mejor.

Noah Ronshon conducía satisfecho su vehículo, lujoso y especialmente construido para él.

Al fin, el potentísimo monofaro que llevaba el A.T.H., iluminó la puerta de la cámara acorazada. Los robots aguardaban nuevas órdenes.

—Este es trabajo mío —dijo Harry—. Para ser más preciso, programaré a los robots.

Fue hacia tres de los cinco robots y les abrió la compuerta que tenían en el pecho. Manipuló en ellas y volvió a cerrarlas. Luego, él mismo tomó un cortador de metales láser y buscó la apenas perceptible fisura de la compuerta con su marco del mismo metal. Comenzó el corte.

Los robots hicieron exactamente lo mismo que él, pero en distintos puntos. Así, la fisura se fue ensanchando.

El ansia les devoraba a todos. El mayor tesoro jamás conocido estaba a pocos minutos de ser tocado por los ladrones siderales.

CAPITULO XII

Sacudió la cabeza y dio un largo bostezo. Tantas horas sin dormir, le habían vencido y ahora despertaba de un cúmulo de sueños hermosos rotos por pesadillas.

Había visto en su mente fuego, agua, grandes catástrofes y a Giana en una playa arenosa de olas suaves donde se amaban y rodaban sobre la arena, unidos el uno al otro, olvidándose del mundo para formar parte del mundo mismo.

Nada importaba, sólo su amor, pero rápidamente llegaban las pesadillas de destrucción y deshacían el sueño que le agradaba.

Tenía hambre, no había comido nada.

Vio en el cielo las dos grandes lunas del planeta Sowr. Miró su reloj, era casi media noche. No podía decirse que las lunas estuvieran muy juntas, pero sí lo suficiente para que semejaran dos enormes ojos en el cielo, con la particularidad de que la luz que reverberaban era rojiza, como la de la estrella que las iluminaban.

Debido a la gran igualdad de sus circunferencias, vistas a distancia semejaban dos gigantescas pupilas en el espacio, observando el planeta, como si el cielo oscuro y estrellado fuera un rostro y las dos lunas sus ojos.

A distancia y ascendiendo por la colina, divisó unas luces rojizas y vacilantes.

Conectó la telecámara provista de teleobjetivo y a través de la pequeña pantalla que tenía en el salpicadero, comprobó que se trataba de una procesión o algo similar.

Aquellas gentes avanzaban con antorchas encendidas, dirigiéndose a lo que consideraban su templo, reliquias del pasado y que posiblemente había sido un observatorio astronómico, con un emplazamiento ideal para la observación de las dos lunas.

—¿Qué estará haciendo Giana? —se preguntó.

Mirando la comitiva, no tardó en descubrir una jaula alargada. Debía ser de cañas duras, bambú o una especie semejante. Dentro de la jaula había un ser humano que debido a la oscuridad, no se veía bien.

David Lakerman tuvo un sobresalto, intuyó lo que podía ser y ajustó el teleobjetivo hasta que a través de los barrotes de bambú pudo ver el rostro de Giana asustada, sufriendo, diríase que desesperada.

—¿Adonde la llevarán esos salvajes? —se preguntó.

Puso en marcha su ligero A.T.H, y ascendió entre los árboles para buscar una mejor situación. Mientras lo hacía, preparó su subfusil

polivalente, dejándolo dispuesto para ser empleado.

La muchedumbre, portando antorchas y al compás de cantos lúgubres, llegó a lo que consideraban su templo y se detuvo en una gran explanada en torno a lo que parecía una alberca para recoger agua de lluvia.

En cambio, los que transportaban la jaula siguieron subiendo escaleras y desaparecieron por el interior de un arco. Poco después, reaparecieron en una terraza alta que dominaba la gran explanada. Gracias a la luz de las dos lunas, podía contemplarse perfectamente el extraño espectáculo.

David Lakerman dejó oculto su vehículo y saltó a pie, ascendiendo hacia el templo donde, no le cabía duda alguna, iban a sacrificar a Giana.

Movieron unos troncos formando una especie de cadalso del que colgaba una cadena, posiblemente reliquia de tiempos pasados. Engancharon la jaula en la que permanecía encerrada Giana y ésta quedó vertical, suspendida en el aire a considerable altura.

El terrícola oyó claramente los gritos de miedo y petición de auxilio que lanzaba Giana desde el interior de la jaula que oscilaba.

Una mujeruca que a David se le antojó como la reencarnación de las primitivas brujas terrícolas, comenzó a gritar cosas que el cosmonauta no entendía por desconocer aquella lengua.

Comprendió que aquella situación no podía acabar bien. Si disparaba su subfusil polivalente contra la cadena, cortándola, la jaula caería dentro de la alberca circular y posiblemente Giana moriría, ya que la altura era considerable.

De pronto, aquella bruja, sacerdotisa o lo que fuera, tomó una antorcha mayor que las del resto de sowrícolas y la lanzó desde lo alto a la alberca circular.

Por un momento, semejó que iba a apagarse, mas no fue así. El pueblo comenzó a rugir mientras las llamas se hacían más altas. Quedaban lejos de la jaula que se hallaba mucho más alta, pero el calor sería suficiente para quemarla viva y lentamente.

David Lakerman corrió por la parte posterior del templo. Trepó por las escaleras de tres en tres hasta que llegó a la terraza donde se hallaba la bruja y sus colaboradores. Los gritos de Giana se expandían por todas partes, pues la horrible muerte a la que se veía abocada, la aterrorizaba.

Disparó su arma. Previamente había rebajado la potencia de disparo y en vez de matar, lo que hizo fue enviarles dardos electroparalizantes.

La bruja y sus colaboradores cayeron como fulminados sin que la muchedumbre, en principio, se percatara de lo ocurrido.

David logró mover el poste del que pendía la jaula e hizo que ésta

quedara fuera del alcance del fuego, ya sobre la terraza alta, junto a los cuerpos caídos.

—No temas, Giana, ya estás a salvo —le dijo.

Giana estaba sofocada, había comenzado a sentir los efectos del calor mortífero.

Con su subfusil, David Lakerman cortó los barrotes de bambú y le pidió a Giana que corriera.

—¡Hay que huir de aquí!

El pueblo de los sowrícolas se había percatado de la fuga y de lo que creían la muerte de la bruja que presidia aquel sacrificio ofrecido a las lunas, ojos del cielo, e iniciaron la persecución sin soltar sus antorchas.

—¡Corre, Giana, corre! —le pidió, cogiéndola de la mano.

Se lanzaron ladera abajo, pero los perseguidores, que eran multitud, trataban de cortarles el camino. David tuvo que hacer fuego en varias ocasiones con su arma para abrirse paso. A Giana le sangraban los pies, en parte desollados. Al fin, llegaron al vehículo.

—¡Adentro, adentro!

Entraron y David Lakerman puso el vehículo en marcha; sin embargo, la multitud no cejó en la persecución. Eran como una jauría inmensa, ansiosa de alcanzar a sus presas.

—¿Qué te parece el regreso al primitivismo, Giana?

La joven estalló en lágrimas.

—Horrible, horrible. De la vida natural han vuelto al fanatismo, al culto a los astros y a los sacrificios humanos...

—Es triste, pero no hay nada perfecto —musitó David mientras aceleraba, alejándose de los sowrícolas que no estaban dispuestos a abandonar la persecución.

*

Al abrirse la gran puerta de un espesor de casi un metro, sonó la alarma que debía de estar conectada a una pila atómica oculta en el subsuelo, una pila que también proporcionó luz al interior de la cámara acorazada.

El ruido de la alarma era terrible, se expandía a lo largo de la galería mientras Noah Ronshon y quienes le acompañaban quedaban extasiados ante la inmensidad de aquella fortuna.

Verdaderas montañas de lingotes de metales preciosos, cámaras de malla de acero repletas de joyas clasificadas por color, peso y tamaño.

—¡Fabuloso, fabuloso! —exclamaba Noah Ronshon.

—¡Somos ricos! —gritó Harry con un entusiasmo rayano en la locura.

Sea y Anaida se lanzaron sobre las rutilantes gemas para cogerlas entre sus manos. Por mucho que se quisiera gastar, era imposible no sólo que unos pocos hombres consumieran en lujos y placeres toda la fortuna allí acumulada, si no millones de hombres.

Mientras, el vehículo de David Lakerman llegaba al astropuerto, acercándose a la cosmonave Space Condor 77.

El pueblo de Sowr, blandiendo sus antorchas encendidas, descendió por la montaña, máxime al descubrir las naves intrusas que profanaban su planeta.

Los robots, debidamente programados, entraron en acción, disparando sus armas. La zona se convirtió en una desesperada batalla en la noche, iluminada por las dos grandes lunas que semejaban los ojos irónicos de un ser fantástico que ocupara todo el firmamento.

El suelo retumbaba a causa de la sirena. David le dijo a Giana:

—No sé lo que sucede, pero es preferible que te lleve a mi nave.

—David, tengo que confesarte algo...

Mientras se introducían en la bodega de carga de la nave Space Condor 77, Giana le fue contando Io que había hecho.

En forma de horda descontrolada, los sowrícolas se lanzaron a la zanja abierta sin temer a la tremenda sirena que ensordecía. El disparo de uno de los robots deshizo una gran roca y por ella comenzó a brotar el agua, como una gigantesca fuente.

Era una veta de agua del propio lago que cayó a la zanja en un caudal superior a los quince mil litros por segundo anegando la galería en medio del ruido ensordecedor de las, al parecer, imparables sirenas de alarma.

Las pequeñas naves de caza se habían elevado y disparaban sorprendidos en el interior de la cámara del tesoro por la avalancha de agua que comenzó a llenarlo todo y no había forma humana de salir de ella.

El agua del lago reclamaba su derecho a ocupar aquel escondrijo situado bajo su fondo y a la ambición y codicia de los ladrones les sucedió la muerte. Sus cadáveres quedarían allí para la eternidad, mezclados con el fabuloso tesoro que tanto ansiaran poseer.

—¡Vim, Vim, despierta! —le pidió David.

—Duerme, posiblemente lo han drogado para que no moleste.

—Si le han hecho algo... —masculló David.

Mientras David trataba de recuperar a su compañero, apareció el robot que habían creído sobrante. Era un robot programado para matar a David Lakerman.

—¡Cuidado, David! —gritó Giana.

El hombre saltó cuando ya el robot disparaba un fino dardo desde el ojo de cristal de su cabeza. Giana, que sostenía el subfusil

polivalente de David, le disparó a su vez, destruyendo la máquina autómata programada para matar.

— ¡Uf, gracias, Giana!

—Vámonos, vámonos de aquí, David, vámonos y llévame contigo aunque luego me abandones en cualquier planetoide errante.

—¿Abandonarte? Eso jamás.

La estrechó contra sí y la besó en los labios. El sistema automático de la nave cerró todas las compuertas y la Space Condor 77, mientras Vim se desperezaba de un sueño forzado, se alejó del planeta Sowr en el que continuaba el caos de la lucha entre los sowrícolas y unos robots programados para matar y que no dejarían de ejecutar las órdenes hasta que fueran destruidos o se acabaran sus pilas de energía.

—¿Qué habrá sido de Noah Ronshon y los demás? —se preguntó David,

—No lo sé, ni quiero saberlo —dijo Giana.

Fue ella quien lo besó mientras la cosmonave ponía proa al planeta Tierra.

FIN